

*Juan Luis*

# ESTUDIOS



LA BOHEMIA, por Franz Hals

Museo del Louvre

JULIO DE 1929

50 céntimos

# Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

(Obras selectamente escogidas por su utilidad y su valor educativo)

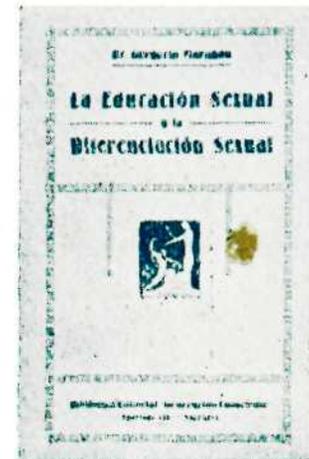
Pídanos nuestro catálogo general, que remitiremos gratis



**La Muñeca**, por F. Caro Crespo. —Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.



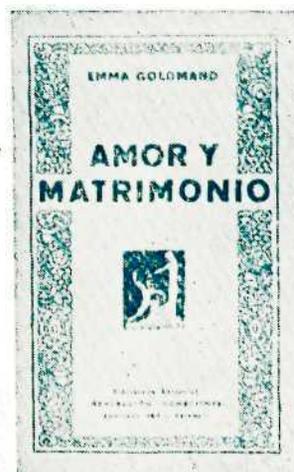
**El veneno maldito**, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.



**La educación sexual y la diferenciación sexual**, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—Precio, 0'50 pesetas.



**Embriología**, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos debieran conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendamos la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de Shum a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.



**Amor y matrimonio**, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que deberían leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.



**El A. B. C. de la Puericultura Moderna**, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

# ESTUDIOS

AÑO VII 6

JUNIO

1929

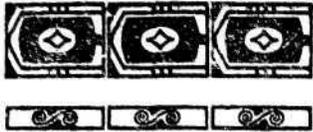
NÚMERO 71

REVISTA ECLÉCTICA

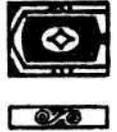
Redacción y Administración

PUBLICACIÓN MENSUAL

APARTADO 158. — VALENCIA



## — Los prodigios de las cauterizaciones nasales



En este caso del doctor Asuero, se ha repetido uno de aquellos estados de sugestión colectiva por que tantas veces han pasado las muchedumbres. La Prensa, sirviendo de pábulo a las admiraciones milagreras, ha permitido una brusca e intensa generalización de la sugestión en masa. Todo enfermo, desahuciado o resignado a serlo, ha visto abiertas las puertas de su curación, y por un momento ha alimentado la esperanza de lograrla. La humanidad ha creído posible redimirse de la enfermedad, sin ningún sacrificio por su parte, del modo más simple y hacedero. La simplicidad insólita de las cauterizaciones nasales ha dejado boquiabiertos a los creyentes en lo milagrero y maravilloso. Se han bebido vientos de prodigio, de taumaturgia.

Los médicos, aleccionados por otras experiencias análogas, desconfiados de los relatos periodísticos, y con el escepticismo propio de su profesión, han acogido con serenidad la ola de sugestión, irritada contra los que dudaban del mágico poder de su compañero. Aunque se ha dado algún caso, en general no se ha pecado de misonéismo, si es que se da en llamar odio a lo nuevo, a lo que no es más que desconfianza ante la superchería.

La calma se va haciendo. La experimentación del método se ha sacado fuera del ambiente crédulo y sugestionado, donde va perdiendo todo su poder maravilloso, toda su eficacia milagrera. El método es sencillo, está al alcance de cualquiera: se logra el mismo resultado cauterizando distintas sitios de la mucosa

nasal, o empleando cauterización, electrización o diversos toques con sustancias químicas. Y este resultado aclaratorio se va consiguiendo a espaldas del doctor Asuero, que si bien ha demostrado un desinterés y altruísmo encomiables, se ha negado a la piedra de toque de la experimentación científica, y ha fomentado los relatos exagerados y falsos de la Prensa, y el estado de sugestión en que acudían a él los enfermos.

Hoy, y ante el número decreciente de casos de alivio, ya que en realidad no puede citarse ningún caso de curación, trata de seleccionar los enfermos, exigiéndoles una comprobación médica de sus padecimientos, y ha sentado sus indicaciones, reduciendo la eficacia a contracturas y parálisis no orgánicas, dolores reumáticos o nerviosos, úlceras varicosas, diabetes, piorrea dentaria, etc.

La cauterización de la mucosa nasal, principalmente en ciertas regiones de la misma, se ha comprobado que tiene una resonancia nerviosa, capaz de influir sobre ciertos síntomas morbosos. Esta influencia no siempre es favorable. Este choque nervioso no siempre coloca las cosas en estado de equilibrio. Y sólo modifica o influye, sobre los síntomas y dolencias, sobre las que siempre ha tenido influjo la sugestión. Casos de curanderismo han existido, que de haber sido fomentados por la Prensa y tolerados por las autoridades, hubieran dejado pequeño al doctor Asuero, como por ejemplo el de aquella curandera de Valencia, que llegó a reunir miles de pacientes en la playa, y que a

meterse en el mar, comunicaba a las aguas cualidades y virtudes maravillosas.

Esto, y por el momento, nos ha proporcionado dos enseñanzas, amén de otras muchas: Que son muchos los enfermos neuróticos, y que hasta en enfermedades orgánicas sobrepone el enfermo síntomas histeroides como reacción de su inconsciente al estado obsesivo de preocupación y temor que toda enfermedad crónica conlleva. Y que el médico, puede y debe hacer, sea como sea, las curaciones que antes se dejaban a merced de santos, imágenes o curanderos.

Esperemos que el tiempo enfríe el entusiasmo de los creyentes, y que la experimentación proseguida en condiciones de serenidad y rigorismo científico, vaya dando sus resultados y su respuesta a la eficacia del método.

En esta ocasión se ha invocado, frente al recelo con que la acogía el público médico, la resistencia que siempre ha encontrado en los retardatarios de toda innovación, toda idea nueva. Y las masas, al revés de lo que siempre ha ocurrido, y los indocumentados, han sido los que, en este caso, han tenido perspicacia y han apoyado la novedad. Se han trocado los papeles; los retardatarios y oscurantistas de siempre, han querido monopolizar esta vez la verdad, y se han revuelto airados contra quienes antes de admitir la nueva idea, estragados de tanta superchería como alienta en el mundo, han querido reservar su fe hasta poderla fundamentar en pruebas. Nuestra credulidad no debe dejarse sorprender por el amor a lo nuevo, que está expuesto a convertirse en matutero del error.

ISAAC PUENTE

## Función de la mocedad <sup>(1)</sup>

Empieza definiendo la mocedad como cualidad del espíritu, ya que no siempre se manifiesta en los años.

Frente a la tesis de la juventud de tendencia renovadora, rebelde y activa, está la antítesis de la vejez aquietada y respetuosa con lo estatuido. Pero sobre ambas, debe situarse la síntesis de la madurez, comprensiva con las aspiraciones juveniles, a las que debe tratar de dar cauce y concreción.

La mocedad, es principalmente enemiga de lo viejo. Nuestro siglo es de predominio juvenil, como el anterior lo fué del hombre maduro. La juventud aspira a la novedad, quiere alumbrar con nueva luz todos los problemas de la vida: económicos, familiares, religiosos, políticos y jurídicos.

En su cartel, no alegan otra cosa que su propia juventud. Quieren hacer respetar sus

puntos de vista, imponer su derecho a influir en la vida, a emanciparse de sus tutelas, deseosos de su mayoría de edad.

La juventud ha irrumpido en el arte, en la literatura, y en la vida misma, con sus novedades disonantes, alocadas, irrespetuosas y joviales. En el verso, en la pintura, en el teatro, en el cine, y por último, en la vida, se ha destacado el vanguardismo, con sus lunares, con sus rarezas, con sus disonancias, con sus excentricidades y sus zapatetas. Son—dijo el notable disertante—, como el gramófono, el cartel, y los juegos de manos, con que llama la atención sobre sí, el charlatán de feria. La juventud quiere llamar la atención sobre sí, despertar curiosidad, sembrar inquietudes. Las primeras renovaciones son superficiales en la forma, pero siguen o han de seguir la innovación de los espíritus selectos, que llegarán al fondo del arte y de la vida.

Apoliticismo, motorismo, deportes, cine, patadas al aire, tales son las primeras manifestaciones de la juventud, preconizadoras de la renovación en el fondo, de su participación en la política. Si la juventud adviene con ansias de

(1) Extracto de la conferencia pronunciada en el Ateneo Riojano, de Logroño, por don Luis Gíménez Asúa, ex catedrático de la Universidad Central, el día cuatro del pasado mes.

imponer sus puntos de vista, no puede menos de ser política.

Como dice Spranger, el autor de una obra de actualidad, *Psicología de la edad juvenil*, la juventud no tiene programa, no quiere definirse en partido. No tiene más nexo que el de su propia juventud. Todos los programas políticos se le antojan igualmente viejos y fracasados. Su pujanza y vitalidad es sobrada para no tener necesidad de concretarse en moldes.

No le faltan a la juventud taras y defectos: la irreflexión, la ignorancia que ha presidido su educación, les lleva a vicios como el de los estupefacientes, y a trasgredir normas legales, a merecer sanciones de los códigos arcaicos.

Ensalza el libro de Lindsey, *La rebelión de la moderna juventud*, en el que demuestra de un modo palmario el divorcio existente entre las aspiraciones de la juventud y las normas morales en que se la intenta sujetar. Lindsey, juez de un tribunal de menores en la ciudad de Denver (Estados Unidos), durante más de veinticinco años, vierte en el libro todo el caudal de su experiencia en el conocimiento de la juventud, a la que suelen permanecer extraños y sordos, educadores, padres y poderes públicos.

Citó esta frase de Ortega y Gasset: "Nos hallamos en un momento en que los viejos quieren hacer vivir a los jóvenes en un ambiente que ellos mismos desacreditan." La generación pasada, absorta en sus preocupaciones morales, a las que se rendía hipócritamente, atenta a cubrir las apariencias choca abiertamente con la nueva mocedad, que se despreocupa de las normas morales y quiere vivir su vida con libertad y sinceridad.

Se ha criticado al joven su afán olímpico y deportista, su alegría irrespetuosa e irreverente. Lejos de ser un defecto, es un alarde de optimismo, producto obligado de la juventud. No obstante esta jovialidad risueña, la juventud española ha sabido afrontar su deber y exponer su vida como hombres.

Describió las tres etapas por que ha pasado el feminismo: La mujer, fué, en un tiempo, un ser híbrido entre amante y ama de llaves. Con la pierna quebrada y en casa, como decía el refrán. No tardó en sentir ansias de libertad, y empezó por conquistar el derecho a salir de casa, a tener amigas, a asistir a reuniones, a los

espectáculos, a los cafés; se equiparó a su compañero en el uso de la libertad externa. Pero a medida que va conquistando independencia económica, la mujer va adquiriendo sentido de su responsabilidad. Y el influjo sobre el hogar de esta mujer emancipada, equiparada al hombre, ha de ser trascendental. De ella espera el insigne penalista, incluso la redención social.

Banderín de la mocedad vanguardista, ha sido o ha querido ser *La Gaceta Literaria*. Al frente de ella, Giménez Caballero ha predicado el apoliticismo. Y el disentir de ello ha sido causa de una escisión, al frente de la cual se han destacado José Ortega y Gasset y Ayuso, que han lanzado un manifiesto defendiendo la oportunidad del interés por la cosa pública.

La juventud, impetuosa y rebelde, no es en cambio difícil de dirigir, si se acierta en el encauce y realización de sus aspiraciones. Y este debe ser el deber, es el deber, de los hombres maduros, de nuestra *élite* intelectual.

La juventud amenaza a todas las instituciones y normas sociales, con las que choca hoy abiertamente. Como dice el juez Lindsey, no debe ser la juventud, sino las normas legales las sacrificadas. Norteamérica y Alemania, parecen ser los dos países en los que con más agudeza se está rebelando la juventud.

El obrerismo es, como el feminismo, una fuerza joven en sí, dado lo reciente de su despertar como clase, y lo agudo y palmario de los vejámenes sufridos. A lo mozo pertenece el porvenir, como síntesis de ansias de emancipación frente a tres dependencias seculares: paterna, marital y económico-social.

## UN MEDICO RURAL



## Higiene del Matrimonio

por el Dr. F. Monlau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.


**Autores y Libros**
**CHESTERTON**


Algunos de los más singulares libros de este gran escritor inglés, circulan ya en limpio y sabroso castellano. Sus lectores estamos de fiesta. No es corriente trabar conocimiento con los autores lejanos de un modo tan cabal y gustoso. Muchos altos espíritus, al ser trasladados a nuestra lengua, han perdido sus más señaladas virtudes. Chesterton nos ha sido presentado por finos mediadores.

Antes de que apareciesen estas límpidas y excelentes traducciones, buscábamos los trabajos de Chesterton con desusada impaciencia. En más de una ocasión, esta impaciencia tenía caracteres de febril. ¿Tan grande es el interés o el encanto de sus escritos? Sí. Chesterton es uno de los escritores que se leen con mayor gusto. Quizá porque raras veces se está con él de acuerdo. Todo escritor que remueve nuestra capacidad de disenso, nos atrae por manera inevitable y gozosa.

Más de una vez hemos hecho verdaderas extravagancias por encontrar algunos breves trabajos de Chesterton, publicados en raras revistas de escasa circulación. El placer de la lectura, luego, nos ha compensado con creces todas las extrañas andanzas. Tanto más cuanto mayor fuese nuestra disconformidad con sus puntos de vista.

Chesterton es católico, ha escrito libros en los que se burla, con ironía implacable, de cosas que nos son gratas, y sueña con que los hombres tornen a vivir como vivían en la Edad Media. Difícilmente, pues, se encontraría un escritor con el que estuviésemos más en desacuerdo. Sin embargo, nos atrae cuanto escribe de un modo apasionado. Y la disconformidad, cuando nos adentramos en ella, es mucho menor de lo que las apariencias muestran. En efecto: por las apariencias, había de ser total, absoluta. En realidad, es limitadísima.

Algunos escritos suyos podían colocarnos en el primer trance, desagradable en extremo. Aunque el escritor con el que disentimos nos

atraiga, al final podemos caer, respecto a su obra, por lo que de él nos separa, en pecado de incompreensión. La lectura de los libros de Chesterton aleja este peligro. Quedan bien marcadas, en seguida, las simpatías y las diferencias. Estas en lo menos importante, aquéllas en todo lo fundamental. En último análisis, hasta cuando el desacuerdo es inevitable en algún problema básico, acabamos por celebrarlo gozosamente, puesto que ello redundará en bien de nuestra inquietud intelectual.

Cuando comprobamos, por ejemplo, que el catolicismo de Chesterton está henchido de humanidad, en el más exacto sentido de esta palabra, la forma que toma su humanismo podrá ser de nuestro desagrado; pero no, naturalmente, el humanismo en sí. Asimismo, cuando leemos, con verdadero deleite, su sátira contra ciertos aspectos del sentido de la vida que a nosotros nos es caro, no estamos conformes con el objetivo de su trabajo, pero sí con el trabajo. De disponer de sus armas, haríamos lo propio. Nada hay que infunda más pureza a un propósito humano que la censura encendida de las estupideces que hagan los hombres superficiales encaminadas a conseguirlo, como igualmente de las vulgaridades que, por influencia de estos hombres, se adhieran a tal propósito hasta el punto de parecer que forman parte de él. La brutalidad, la torpeza, la ignorancia que se cree sabiduría, y otra muchedumbre de defectos que aparecen como mezclados con las mejores obras de los hombres, merecen censura constante y ardorosa. Todo eso es lo que ridiculiza, con humor del más alto rango, Chesterton. No podemos estar conformes con el fin último de su sátira; pero la sátira en sí es obra loable, de méritos singulares, extraordinarios. De igual modo, cuando nos adentramos en su concepción de la Edad Media, y en la manera como interpreta la vida de entonces, a la que quiere que tornen los hombres, todo nuestro recelo desaparece. Chesterton desea, sencilla-

mente, que se implante de nuevo un régimen gremial. Probablemente, no lo quiere esto como podríamos quererlo nosotros; mas si se tiene en cuenta que los gremios de la Edad Media son como la célula de lo que los mejores y más sabios hombres de nuestro tiempo preconizan para resolver multitud de arduos problemas actuales, ese otro aspecto de la obra de Chesterton, que aparentemente tanto le aleja de nosotros, resulta que, en realidad, le acerca, le coloca a nuestro lado, y en posesión de armas magníficas.

Continuamos, después de leerle con atención despierta, disconformes con él en la extrema linde, porque, en el fondo, su sentido de la vida, del hombre, de la sociedad, es muy distinto del nuestro. Pero se han esfumado muchas apariencias que parecían colocarle, de muy otro modo de como lo está, enfrente de nosotros. Y entonces es cuando las diferencias son vencidas por las simpatías.

Además, el placer de leerle—pocos escritores hay en nuestra época que proporcionen un placer igual— está por encima de todo desacuerdo. Es un artista admirable, y esto hace olvidar todas las diferencias de pensamiento, que se acallan ante el valor sumo del arte. Se saborea aquí la obra bella, sin prevenciones de ninguna especie. Gran ventaja para él, de la que participa el lector atento. Gran ventaja, señaladamente, cuando este lector tiene que rendirse ante el hechizo de la belleza lograda.

La religión, la historia, la aventura, salen transfiguradas de los libros de Chesterton. Hacer de la aventura, a la manera detectivesca, obra de arte, no era tarea fácil. Chesterton lo ha conseguido plenamente.

El armazón con que monta sus conceptos es, probablemente, una de las más admirables y maravillosas obras que pueda realizar el pensamiento humano, asistido de inspiración artística. Y todo, incluso lo absurdo, sabe rodearlo de tanta fuerza lógica, que los más famosos polemistas no confían en la victoria cuando contienden con él. Quiere decir esto que Chesterton posee gran número de argumentos valerosos y que sabe esgrimirlos oportunamente. Podremos no estar conformes con las conclusiones a que llega; pero están presentadas y defendidas de un modo al que no sabemos oponer nada de valor tan seguro y eficaz. Sería

pueril negar significación a unos argumentos contra los cuales nuestras flechas carecen de validez. La conclusión sí puede ser rebatida, sin duda alguna. Pero no, seguramente, en la mayoría de los casos, con armas tan excelentes como las usadas para afirmarla. Estas armas son las que encantan a todos los lectores de Chesterton.

De aquí que se busque cuanto escribe, no tanto por quienes dicen pensar como él, cuanto por sus adversarios, que, como tales, son sus lectores más entusiastas. A éstos, entre los que nos contamos, a pesar de todas las simpatías, por aquel distinto sentido de la vida suyo y nuestro, pocos escritores les harán concebir mayor número de pensamientos, y esta es la mejor enseñanza. Doble encanto el de esta enseñanza de Chesterton, porque está hecha con arte extraordinario, con gracia inagotable, con humor atravesado de plena humanidad, con ironía del más alto valor, de manera, en fin, inquietadoramente placentera.

El espectáculo que se tiene leyendo los libros de Chesterton es un espectáculo magnífico. No hay muchos que sean tan sugestivos. Menos aún existen en los que se derroche tanta inteligencia, y todo hecho como cosa de juego. El pensamiento humano ha jugado raras veces de un modo tan gozoso. Las paradojas, cargadas de sentido, vuelan como saetas. Poco importa si alguna se clava, certera, en nuestro sentido de la vida. Sentirse herido aguza el ingenio y es, muchas veces, una buena lección, la mejor lección. La cual, si es dada con arte, sonriendo, con apasionada serenidad, que es el mejor fruto del humor, se graba segura en nuestro ánimo. Esta es la razón principal, ciertamente profunda, de que busquemos siempre, con impaciencia febril, los trabajos de Chesterton, y sus libros, que leemos con amoroso cuidado y que, por no decir lo que más nos agrada que dijeran, llenan nuestra mente de impetuosa inquietud, cosa excelente, tanto como el gozo intenso y delicado que nos proporcionan por su pura belleza.

DIONYSIOS

---

## La Muñeca

Drama en tres actos, por F. CARO CRESPO.  
Forma un elegante tomo de más de cien páginas.  
Precio, 1'50 ptas. Pedidos a esta Administración.



## CRÓNICA

# Los opuestos optimismos



A don Antonio Zozaya, maestro de la deducción y sembrador de humanismo.

Si hemos de ser sinceros debemos anotar que la actitud adoptada por el decano clerical ante el programa político del diario *El Sol*, sobre todo en lo que afecta al futuro de España —que en nuestra opinión no puede ser más abstracto y mediocre— no nos ha extrañado gran cosa. Era cosa prevista que surgiese el indispensable desahogo de las creencias ambientes, que tienen en el diario católico el esforzado y optimista propulsor de las viejas evidencias políticas y religiosas, hoy en plena decadencia.

Las creencias hacen *salidas* de este género cuando surgen optimismos que no son los a ellas inherentes. Siendo de índole evolucionista, inmutables, a sabiendas de lo estéril que resulta el esfuerzo humano para contenerlos, con objeto de perpetuar la marasma, base de su fabuloso imperio, dijérase por *instinto de conservación*, las creencias hacen frente con gestos bellosos a las corrientes filosóficas modernas, sus antagónicas, que aventuran porvenires al precisar orígenes.

Podemos sin inconveniente adelantar el resultado de la contienda que se avecina, y que quisiéramos fuese la decisiva para bien de la humanidad. El hecho este, como digo más arriba, no es nuevo, se ha repetido mucho a través de la Historia. Dilema eterno entre el dogma y la razón, las tinieblas constructivas de las asociaciones primitivas de los hombres, y las clarividencias surgidas en el anhelo superativo; afán egoísta de conservación y altruísta afán de mejoramiento, del que el tiempo, único juez competente y sin pasión, al que se le encargó el fallo, dilucidó la gran verdad de la vida, inclinándose siempre hacia la progresión, dando impulsos invencibles a las inquietudes del espíritu humano, ahíto de error y de tragedia...

Este hecho felizmente se ha repetido tanto

y en tan diversos aspectos, que pecaríamos de insinceros si le restáramos valor y le escatamáramos grandeza. Y los grandes pasos dados por la humanidad no se diga que han sido contando con mayorías. Las mayorías vinieron luego ante la exposición de las minorías. Los jacobinos fueron una minoría abatida que pudo resurgir con bríos después de la reacción napoleónica, porque sus programas eran representación genuína de los anhelos vindicativos (que Marat traducía en sanguinarios en un desequilibrio de su mente enferma) de justicia humana del pueblo. Y no hablemos de hombres solos que se impusieron al mundo y a las vallas que éste, inconsciente, se ponía a su propia liberación.

No quiere decir el que un pueblo no manifieste sus anhelos, que no sienta la necesidad de moverse, de avanzar, porque esta necesidad es innata a su existencia. Es debido a la imprecisión del medio. Si un día es elevado éste, las mayorías nos pertenecerán en cuerpo y alma y nos convenceremos de la relatividad, de la pobre potencia que representan los valladares y el prejuicio de lo estatuido ante el empuje arrollador de los anhelos superativos...

“Abrid cualquier libro de Sociología, dice el ilustre pensador ruso Pedro Kropotkine, y veréis en él siempre al Gobierno ocupando tan gran lugar, que nos acostumbramos a creer que fuera del Gobierno y de los hombres de Estado ya no hay nada.”

.....

Idéntico fenómeno se observa en lo que se refiere a la bondad de los Códigos. Claro está que siempre hay inadaptados que en minoría y todo son capaces de mejorarlos y de hacerlos más racionales. Y estas reformas siempre dejan boquiabiertas a las multitudes, lo mismo que los cambios políticos, y comprenden luego, naturalmente, dándose una ingenua palmadita en

la frente, que aquello que se mejora es que no estaba acabado.

¡Y es tan poco lo logrado en este aspecto! Pero siguen los hombres selectos, el timón del bajel humano, en su puesto de lucha y esto nos consuela. Da pena ver que con todo lo conseguido por el hombre en pro de su dignificación, que, es evidente, hoy tiene tendencias racionales más acusadas que cuando se entenebrece presenciando las trágicas humaredas de Torquemada o se envilece mofándose de los gestos póstumos de dolor o desesperación de los ejecutados en la noche negra de San Bartolomé, no haya logrado desterrar la tan nefasta pena de muerte de los Códigos que rigen las generaciones de este siglo XX.

Y ello es porque hay intelectos, da repugnancia decirlo, que sobreponiendo a los sentires éticos las miras especulativas y basándose en filosofías (?), en prejuicios de la educación, diríamos mejor, que desde las tradiciones romanas hasta el Código de Bizancio nos

regala el Estado-Providencia, manifiestan como imprescindibles las tácticas que usamos para *limitar* el delito.

En esto también somos optimistas. No es noble, mucho menos ética, muy mucho menos nacional la justicia que condena a muerte a un ser que está enfermo. Porque se ha comprobado que un parricida, por ejemplo, no influyendo el medio social que al influir es el verdadero delincuente, es un pobre demente, digno tan sólo de compasión.

Esto se verá en *su día*. Y entonces se aplicará aquello que su racional extirpación o limitación aconseje y las leyes que ha creado el hombre en sus primitivos medios de desenvolvimiento social y que aun hoy subsisten en mediocre estado de perfección ética, serán reemplazadas por las de la Naturaleza; serán benéficas en vez de ignominiosas, de lenitivo en vez de aflictivas y sobre todo humanas o productoras de humanismo.

LEÓN SUTIL

Madrid.

**Para una antología de temas pedagógicos**

## **Enseñanza y educación**

Sigue nuestra enseñanza el impulso de las ideas reinantes. Según éstas, se halla concebida, organizada y desempeñada como una mera función intelectual, o sea, que atiende a la inteligencia del alumno tan sólo, no a la integridad de su naturaleza, ni a despertar las energías radicales de su ser, ni a dirigir la formación de sus sentimientos, de su voluntad, de su ideal, de sus aspiraciones, de su moralidad y su carácter. Ya lo hemos dicho. Apenas si en la escuela primaria recibe el pobre niño, entre los gritos y pescozones del maestro, el problemático beneficio de un tratamiento, dirigido, al fin y al cabo, con su tanto de intención pedagógica; pero al salir de allí acaba para él toda educación en las aulas (y por lo general fuera de ellas), donde sólo su instrucción material se procura. Daría todos los millones de Rotschild y aun de M. Mackay por ver qué cara pondría,

v. gr., un catedrático de química o de derecho mercantil si oyera que él tiene que cuidar de que sus discípulos no frecuenten las casas de juego, los burdeles y demás esferas análogas de la administración; de que sean varoniles, sinceros, honrados, laboriosos, cultos, limpios y hasta elegantes; trabajen por inclinación y no por "ganar año" (que debiera llamarse "perderlo"); guarden costumbres puras, adquieran gustos nobles y aborrezcan la vulgaridad, la informalidad, la suciedad, la pereza, la envidia y la mentira; es decir, los vicios más característicos, si no de nuestra raza — que ¿quién se atrevería a cerrar la puerta a toda esperanza de mejora?—por lo menos de nuestra nada próspera situación social. Allí sería el recordar la Constitución del año 12, que mandaba a todos los españoles ser de real orden justos y benéficos.

Ante esa concepción intelectualista que hoy priva sobre las funciones del profesorado, nada importa que la juventud se despeñe y perpetúe en la nación la barbarie, con tal que aprenda —siquiera para salir del paso— su anatomía, su literatura o sus pretéritos y supinos. Apresurémonos a declarar que la culpa es del sistema y de las personas, pero muy principalmente del sistema. Pónganme a un Sócrates o a un Fröbel al frente de una clase de quinientos alumnos, a los cuales no ha de ver ni hablar sino a lo sumo una hora cada día; oblíguele a no hacer en esa hora más que exponer la parte alícuota correspondiente de un programa calculado por la sabiduría administrativa, como las lecturas del *Año Cristiano*, a lección por jornada; y pídanle luego que forme en aquellas desdichadas criaturas un sentido científico profundo, y un sentido moral sano y no sé cuántos otros más sentidos: gracias si entre esos cinco cientos hay media docena que, al cabo de la temporada, saquen los suyos algo menos obtusos.

Ahora bien: como el hombre, por cualquier lado que ustedes lo miren, es, según dicen los filósofos, un verdadero organismo, todas cuyas funciones se implican, protegen y perturban mutuamente, cuando la enseñanza no es más que intelectual, se hace incapaz, *ipso facto*, para satisfacer ese mismo fin. "Pues, ¡qué! —oigo ya exclamar— porque separemos ambas funciones, la del maestro y la del padre o pedagogo, la instrucción y la educación, siguiendo después de todo la fecundísima ley de la división del trabajo, ¿ha de ser de peor calidad el fruto de la primera? Porque el profesor se ciña a explicar, a preguntar, a tomar la lección a sus discípulos—las tres operaciones fundamentales de su oficio—sin entrometerse en más perfiles, ¿van aquéllos a aprender peor el corte de piedras, la ley hipotecaria o el binomio de Newton?"

Distingamos. Sin duda un alto grado de instrucción material, esto es, de estampación y como incrustación en el entendimiento de cosas pasivamente aprendidas y almacenadas por más o menos años, es perfectamente compatible con la más grosera incultura del espíritu; ¿crece éste por yuxtaposición acaso? No hay, en verdad, motivo alguno—Balzac lo ha demostrado y todos lo vemos cada día—para que un hombre, por el hecho de saberse de memo-

ria a Horacio, el Calepino y hasta el Archivo de Simancas, sin errar una tilde, sea ya discreto, reflexivo, afectuoso, honrado, guarde los mandamientos, cultive el ideal, posea un concepto profundo de las cosas y viva y obre, en suma, como una persona decente. También el bruto recibe intuiciones y las combina y aun saca de ellas lo que le tiene cuenta. Ahora, para ascender a otras regiones superiores, para pensar y discurrir por sí mismo, para discernir la verdad y el error, para formar juicios propios, firmes y exactos, para tener personalidad, para poner algo de su cosecha en el mundo, para no ser un poste, donde viene cada maestro o cada libro a estampar por turno su bando de buen gobierno... para todo esto se necesita sentido común; sentido que en todas partes podrá ser, como ha dicho no sé qué novelista, el menos común de todos, pero que en España ¡Dios sabe si anda por las nubes! Y es que para tener entendimiento basta nacer con él; para tener memoria o paciencia, ejercitarlas; mas para educar en su plenitud la inteligencia, es absolutamente indispensable educar por entero todo el hombre.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS



## ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION  
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año  
(12 números) ..... 6'50  
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

*Incluido el número Almanaque de 1.º de año.  
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.*

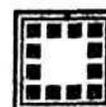
Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.  
Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., dirijanse al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).

## De los nervios y las neurosis

## Hacia la higiene del alma



En ocho años, nuestros tejidos, carne, sangre y huesos se renuevan totalmente... La mano con que escribo hoy, afirma Claudio Bernard, no se compone de la misma sustancia, células y moléculas que la formaban hace ocho años. Asimismo, el cerebro, el corazón y los demás órganos de nuestro cuerpo. Establecido esto, según el ilustre fisiólogo, pregúntase cómo es que nuestros sentidos, la vista, el oído, etcétera, conservan el recuerdo de las impresiones recibidas, si de ocho en ocho años ha desaparecido hasta el último átomo de la materia en que se grabaron.

Es preciso creer que el depósito de esa parte sensorial y sensitiva—nuestra vida psíquica—se halla en una parte *inmaterial* de nuestro organismo: esa parte sería el alma...

"La carne no es nada; es el espíritu que vivifica..." (*Jesús de Nazareth*).

**RESUMEN:** *Los nerviosos.—Neuropatología.—Dispepsia, asma.—Colitis, palpitaciones, diabetes.—Las neurosis.—Patología nerviosa.—Nociones biológicas.—Los males de nervios.—El alma y los nervios.—Cura de nervios.—Psicoterapia.—¡Son nervios!...*

## I

¡Son nervios!... Para unos es una exclamación, para otros un diagnóstico, o las dos cosas a la vez. Sinónimo de maleficio en otros tiempos, ha pasado a ser un término casi familiar; todo es cuestión de nervios. Con lo que se ha llegado, por singular contraste, al absurdo opuesto: en vez de acusar de embrujamiento a los nerviosos, se les condena a la pena de la indiferencia. Es todavía la liebre que, desde Lafontaine a la fecha, ha de optar por su sa'sa, pero sin cambiar de suerte. Reaccionó la ciencia en su época, salvando de la hoguera y de la superstición popular a los poseídos y demoníacos,

que eran simples enfermos del sistema nervioso, y hoy advierte, con la consiguiente sorpresa, que se ha dejado llevar tan lejos de sus propias intenciones, que la ha permitido caer, por el lado contrario, en manos del vulgo, de donde intenta, precisamente, traerla de nuevo a sus dominios. La Edad Media y la hora contemporánea se tocan así, por los extremos del arco sin fin de la historia natural humana.

Tal iniciación podría hacer temer que el tema que ofrecemos en este artículo sea demasiado árido o difícil para los propósitos de divulgación médica y científica que inspiran esta colaboración para ESTUDIOS. Se cree, en general, que los asuntos de esta índole deben dilucidarse en los tratados del género, y que la bibliografía popular ha de nutrirse únicamente de novelas policiales, semanarios de ligera literatura o de aventuras sentimentales. Es un error, porque la cultura pública y general ha formado ya el gusto de la mayoría en el hábito intelectual de escritores y hombres de pensamiento modernos, y porque conviene encaminar a los buenos lectores, con discreta amplitud, en la corriente de los conocimientos e ideas que ilustran con más provecho la conciencia social. Circunscrita exclusivamente al ambiente médico y profesional, la neuropatología, en efecto, se mantiene y prospera, con los prestigios bien adquiridos de ser uno de los capítulos más delicados y difíciles de la clínica general, sin contacto serio, por ahora con los profanos de la materia, y sin la recíproca penetración de intereses creados que favorece su práctica ordinaria: el *tratamiento* y la *curación*. Se distingue sensiblemente, en este punto, de sus congéneres, en que la difusión y variedad de sus manifestaciones le dan una universalidad que ninguna de las otras dolencias reviste. Las enfermedades del estómago, del corazón o de los pulmones, para citar algunas, se caracterizan objetivamente y se resuelven por sí solas, en

un tiempo más o menos breve; tienden hacia un desenlace cualquiera, bueno o malo. Además, no son tan frecuentes, se prestan menos a confusión y sus límites se deslindan claramente; la intervención terapéutica suele ser su principal medio curativo.

## II

Muy distintas son las cosas por el lado de los nervios. Sus síntomas se confunden habitualmente con todos los demás de la economía humana, porque acompaña en el dolor a todas las vísceras del cuerpo, y sus manifestaciones sirven de bandera para cubrir las reacciones de cada uno. Deslindar tal factor nervioso, funcional o dinámico, del elemento dinámico constitutivo de los tejidos propiamente dichos, es la primera dificultad del buen diagnóstico clínico. Pero no siempre es simple solidario del dolor ajeno; también sufre sus propios males, y entonces suelen acompañarle, por recíproca simpatía, otras partes del organismo. Así, por ejemplo, la etiología singular de las dispepsias nerviosas, de las palpitaciones emotivas, del asma, de la colitis, de la diabetes de origen bulbar, etc. Finalmente, en la tercera categoría de la clasificación que ensayamos, adaptada a la índole de la presente publicación, el sistema nervioso se altera independientemente en su propio territorio, el más vasto y complejo de nuestro organismo reflejándose en los síntomas correspondientes a las múltiples y variadas zonas de su influencia.

Para ser breve, conviene ofrecer también aquí una subdivisión más de esta última parte en otras dos, a saber: las afecciones que atacan al sistema nervioso en sus plasmas celulares o en la estructura de los tejidos constitutivos, como ser: un tumor que comprime y destruye la masa de la medula espinal o del cerebro, los procesos degenerativos de los centros motores o la inflamación de las vías de conducción, y las que ocasionan simples trastornos de su mecanismo íntimo, de su juego vital y fisiológico. El primer grupo forma el capítulo relativamente reducido y casi irremediable de las enfermedades nerviosas con lesión anatómica visible; las otras, el vasto campo de las neurosis, llamadas *sine materia*. Estas últimas son las que más nos ocupan, desde hace mucho, en la clínica hospitalaria, en la clientela privada y en la pre-

sente síntesis científica, en mérito al palpitante interés que revisten en la práctica cotidiana y a la singular despreocupación que le dispensan sabios y profanos.

La idea y la palabra *neurosis*, en efecto, sin ser muy nueva, pues data del siglo XVIII, cuando la empleara el médico escocés Cullen por primera vez, ha caído en un inexplicable y rápido desprestigio. En un principio, significaba simplemente las dolencias de los nervios, sin destrucción aparente de sus fibras y células constitutivas; Saudras, Axenfeld y Huchard agruparon posteriormente, bajo su denominación, seis tipos distintos de la neuropatología: el estado nervioso, la corea, la eclampsia, la epilepsia, la catalepsia y la histeria. Luego, la vida intensa y la febriciente actividad de la existencia, las psico-neurosis de Breard y Grasset. Con todo, la entidad clínica no ha prosperado entre el gran público ni en la conciencia médica; no pudiéndose localizar el sitio material que les corresponde en el plano visible de nuestros plasmas, se prefiere negarles el derecho de propiedad histopatológica. Con lo cual, la manifestaciones no se enmiendan ni mejoran sus síntomas, y la verdad de los fenómenos sigue tan lejos de nuestros conocimientos como antes. Mejor dicho, de nuestras percepciones, pues los astros que escapan a la vista humana, multiplicados en el telescopio, y los procesos biológicos infinitamente pequeños que se sus traen al objetivo microscópico, no por tales dejan de ser ciertos; lo que les falta es un Leverrier que los presenta antes de descubrirlos.

Seguramente, las neurosis no responden a alteraciones apreciables aún a ninguno de los más perfeccionados métodos de moderna observación histológica; porque sus fenómenos provienen de reacciones biomoleculares de la célula nerviosa, en la misma medida que los de la herencia se desenvuelven en la célula ovular femenina, conservando impenetrable hasta hoy el secreto de su mecanismo. En el sistema de su organización biológica, el óvulo y la neurona son los extremos de más complicada fenomenología y de evolución celular; no es extraño, pues, que hoy se toquen en este punto de su propia semejanza. Las leyes de la herencia se siguen con inteligencia y acierto, en la más perfecta ignorancia científica y oscuridad filosófica. Esta última, en efecto, se confunde en

doctrinas y teorías, mientras la anterior se disimula, sustituyendo la experiencia por el conocimiento; la interpretación de verdad escapa totalmente a nuestros sentidos.

### III

"La enfermedad no es más que un estado de ánimo..." — *Il problema centrale*, acto III.—ARNALDO FRACAROLI.

Exactamente lo que sucede con las neurosis, los males de nervios, los trastornos de la mente y del espíritu, en el mundo de las manifestaciones patológicas del sistema nervioso. Con la excepción a su favor de que son muy fáciles de seguir, de contener y de corregir. Enmendar una herencia en la especie humana, hacer *eugenesia*, es obra no intentada todavía; curar una neuropatía dinámica, una hemiplejía funcional, una parálisis histérica, es cuestión de todos los días. En este renglón de la clínica neurológica las clásicas *psicosis*, brillantemente descritas por Charcot, Babinsky y Bernheim, aportan un considerable y nutrido contingente de afecciones de los nervios, sensiblemente descuidadas hoy por hoy, y muy curables no obstante. Sea por el discutido y discutible hipnotismo, por la sugestión que enseña la escuela de Nancy, o la persuasión sistematizada y metódicamente dirigida con tal fin. En este sentido, la fisiología normal y patológica de los nervios es delicada e interesante.

Ellos hacen todo el gasto de nuestras relaciones con el exterior; en sus centros corticales y bulbo-medulares se verifica el íntimo trabajo de nuestra vida psíquica interior. Conducen las órdenes superiores de la mente y de la inteligencia; las secreciones del pensamiento, que decía Moleschott, y rigen las escondidas e íntimas contracciones del aparato gastrointestinal. A. Mathieu descubre en las alteraciones neuromusculares de la túnica media del intestino la explicación psicofisiológica de la colitis mucromembranosa, y Julio Méndez, entre nosotros, atribuye, con autoridad igualmente reconocida, a un reflejo del colon y del peristaltismo retardado, causa ordinaria de la constipación crónica, una repercusión morbógena sobre los centros cerebrales superiores.

Nadie cree, o simula no creer, estas cosas; se hace gala de elegante y sabia incredulidad.

La ortopedia, la cirugía, la intervención manual en las distintas especialidades de la Medicina impresionan a las gentes, y sus procedimientos, muy legítimos, por otra parte, son los únicos que les merecen pleno crédito y confianza. En cambio, las palabras de un buen consejo, las discretas advertencias, la acertada previsión higiénica, no alcanzan el valor ni merecen el gasto de una consulta. Se la hace, en todo caso, de paso: en la calle, en el café, en el tranvía o en el club. Dolencias sin atributo material tangible, requieren, por similitud galénica, remedios sin medida física ponderable; son recíprocamente subjetivos, y presumiendo no darles importancia, llégase a veces, por singular determinismo clínico, a tres tratamientos distintos: aguas termales, las manos santas y las fuentes milagrosas. Hacia las primeras, el reumático nervioso, por prescripción médica; a las segundas, el analfabeto ignaro y supersticioso, y a las últimas, el creyente iluminado y de honda fe religiosa.

### IV

En los tres, el fenómeno se explica por idéntico proceso biológico y funcional, llámese éste sugestión científica, burdo curanderismo o milagro piadoso. La restitución de actividades abolidas, o simplemente alteradas, se verifica por el camino inverso, adaptado a cada temperamento, del que le condujera a producir tal estado de postración orgánica: la influencia razonada psico-dinámica, la torpe credulidad o la vulgar devoción mística. Tan complicado mecanismo psico-fisiológico, esquemáticamente presentado en este ensayo de clasificación, tiene una infinidad de variantes en el orden individual y colectivo. Recuérdense las neurosis de las multitudes, admirablemente reflejadas en el teatro de Aristófanes; en el moderno tratado de Le Bon; en las remotas puebladas de la Edad Media, assoladas por epidemias de carácter nervioso, delirios, coreas, epilepsias, bailes de San Vito, etc., y la reciente y palpitante neurosis trágica de la guerra, que contaminara a media humanidad, a partir de un cerebro desequilibrado.

Sin exagerar, y aun reduciendo a las más modestas pretensiones la trascendencia del asunto que tratamos, la vida nerviosa de nuestro mundo interior debe ocupar un lugar mayor

en el interés que dispensamos a los diferentes resortes de nuestro organismo. Como se corrige, con un par de vidrios, un defecto de la visión; con una faja, el vientre que malogra una línea elegante, o mediante un corte de bisturí, un estorno mayor que ofende la armonía de nuestros tejidos, debe también buscarse en la adecuada intervención y consejo médico e higiénico el medio de enderezar las funciones de los nervios. Para lo cual es preciso que profanos e iniciados los tomen en cuenta, y que, en

lugar de exclamar, cada vez que se descubre su influencia: "No es nada; son nervios", se ponga por ambas partes el empeño y el interés de restablecerlos. Así, la vida intensa será menos dura, y la lucha por la existencia, más suave y más amable; la Medicina será entonces lo que debe ser: un factor de felicidad biológica y humana.

ENRIQUE FEINMANN

Buenos Aires (República Argentina).

## PRO INDULTO DE SHUM

ESTUDIOS, adherida desde los primeros momentos a la campaña pro indulto de Juan Bautista Acher, "Shum", tiene la inmensa satisfacción de poder comunicar a sus lectores que sigue animosamente esta loable y justa campaña, a la que cada día se adhieren hombres de mayor prestancia civil y de valía moral.

Es de esperar que en breve culmine con la realización del deseo de todos, que, además, es de un alto significado de justicia y de humanidad. En los momentos que escribimos estas líneas se estará celebrando la exposición de las obras de este gran artista en el Palacio de Bellas Artes, de Madrid, y ello es de esperar que contribuya a incrementar el movimiento de simpatía iniciado a favor de su indulto, puesto que en ella tendrá ocasión gran parte del público de apreciar las altas cualidades artísticas que avaloran la personalidad de este tan apreciado como desgraciado amigo nuestro.

El nombre de "Shum", como artista, empieza a trascender más allá del proletariado, en el que era sumamente conocido y admirado, y a cuyo esfuerzo debió la conmutación de su condena. Por su suerte se interesan ya gran número de intelectuales, artistas y hombres de profesiones liberales, ante los que está ya de sobra rehabilitado, y que piden sea devuelto a la sociedad, al ambiente en que puede perfeccionarse su notable aptitud para el dibujo, su riqueza imaginativa y su depurado humorismo.

Por sus bríos y empuje juvenil—que, antes que nada, es afán de novedad y odio a lo viejo—, "Shum" es vanguardista, en arte como en ideología. Abraza las nuevas corrientes, y no se limita a seguirlas en el modo o la forma, sino que se afana por empujar la reforma a lo más hondo.

Por ahora se trata de divulgar el propósito por medio de la Prensa, recoger firmas en pro del indulto de Juan Bautista Acher, y editar un folleto con opiniones valiosas acerca de "Shum". La exposición de Bellas Artes, para la que ha debido prepararse un poco atropelladamente, por premura de tiempo, servirá de eje a la campaña y facilitará la recogida de adhesiones.

ESTUDIOS invita a todos sus lectores a recoger firmas y a enviarlas, con la suya, a nuestro amigo el doctor Isaac Puente, Médico, Maestu (Alava).

A todos nuestros corresponsales de América y Francia les advertimos que pueden efectuar sus pagos por medio del Giro Postal Internacional. Es ésta la más práctica, rápida y económica forma de enviar dinero.

Los giros diríjanse siempre de la siguiente forma:

**Sr. D. J. Juan Pastor**

**Apartado 158**

**VALENCIA**



## GACETILLA



Siempre que los jóvenes se rebelan contra los viejos se les acusa de olvidadizos, desagradecidos y crueles.

¡Qué míopes son los acusadores! Precisamente esa rebelión es la prueba más decisiva de reconocimiento, el hecho que da fe de que se continúan las enseñanzas recibidas.

Llega una edad en la que hasta los que tuvieron más hambre de porvenir ven decrecer sus deseos, agostarse sus ímpetus, calmarse la turbulencia de sus aspiraciones. Deber de los que hayan sido sus discípulos es rebelarse contra ellos, único modo de proseguir la tarea que abandonan. E incluso intentar obligarles a permanecer en su puesto. Pocas veces se logra semejante resultado, pero si alguna vez sucede, es una maravilla. ¡Un viejo que vuelve a ser joven! ¿Se quiere más total victoria sobre la Naturaleza?

La mayor alabanza que se puede decir de un viejo, es que todos sus discípulos se rebelaron. Hasta tal punto la rebelión es prueba de agradecimiento; hasta tal punto significa aprovechamiento de las enseñanzas auténticas; hasta tal punto es caluroso elogio de aquel contra quien, en este caso, se dirige.

No hay en la actitud juvenil contra la generación antecedente, míopes acusadores, olvido, desagradecimiento ni crueldad. Al contrario, recuerdo duradero, reconocimiento estremecido, ternura emocionada.

Existe una preciosa leyenda india que, en síntesis, dice así:

“Hace mucho tiempo, los cazadores del rey de Benarés capturaron a un elefante, el cual se escapó llevándose ceñido en una de sus patas el cepo doloroso.

Trató de arrancárselo con furia en su corazón, y corrió desesperado de un lado a otro de la selva en busca de los demás elefantes, sus hermanos, para que se lo rompieran. Uno a uno fueron intentándolo, trabajando con sus fuertes colmillos, pero ninguno logró deshacerlo. Al fin, creyeron que no había poder de animal que pudiera romperlo.

Entonces encontró el elefante trabado, en un malorral espeso, a un elefantito recién nacido, húmedo todavía, cuya madre había muerto. Y se dijo, olvidando sus propios dolores: “Si no ayudo a este pequeño, perecerá al paso de la manada.” Púsose, pues, sobre el recién nacido, y formó con sus patas una fortaleza, que se mantuvo firme ante el empuje de la manada en movimiento.

El elefante pequeño creció, y el trabado fué su guía y su sostén. Pero un elefante tarda treinta y cinco años en alcanzar la plenitud de sus fuerzas. Durante treinta y cinco años el elefante trabado protegió al joven. Mientras, el cepo se iba hundiendo cada vez más en su carne.

Mas entonces, un día, el elefante joven vió el hierro medio enterrado en la pata del viejo, y, dirigiéndose a él, dijo: “¿Qué es eso?” “Esta es mi desdicha”, contestó el trabado. El joven metió su trompa, y en un abrir y cerrar de ojos hizo saltar el cepo, gritando: “La hora señalada ha sonado.”

Desdichas son los acabamientos de los deseos, de los ímpetus y de las aspiraciones, que sorprenden a los hombres al llegar a cierta edad. Cepos dolorosos. Las rebeliones juveniles, tanto más turbulentas cuanto más transidas de amor están hacia aquellos contra quienes se dirigen, quieren romper los cepos, poner fin a las desdichas. Y cuando sucede la maravilla de que un cepo se rompe, suena, en verdad, una hora señalada.

Pocos españoles hay que no tengan noticia, siquiera sea vaga, de la grandeza de Cervantes como escritor. Pocos hay, asimismo, que sepan su grandeza de hombre, no menor que la otra.

Las pruebas de que fué un gran hombre, además de un gran escritor, son innumerables. Ocupan lugar preferente las que se refieren a su cautiverio en Argel. Conviene expandir estos testimonios de su hombredad, que complementan y realzan su figura.

Cervantes fué cautivado por los moros en septiembre de 1575, en unión de su hermano

Rodrigo. Llevado a Argel, inmediatamente intentó fugarse, con otros cautivos españoles. La fuga era por tierra, hacia Orán, y se malogró por haberlos abandonado el guía.

Su cautiverio, después de este intento, se hizo de peor condición. Con las escasas cantidades que sus padres podían remitirle, no trató de mejorar lo que a él concernía: las aplicó al rescate de su hermano, el cual quedó libre en agosto de 1577.

Valiéndose de la libertad de éste, renovó su proyecto de fuga. Dispuso, por su mediación, que fuese a recogerle desde Mallorca o Valencia, una embarcación, la que había de recalar, a favor de la noche, en las inmediaciones de Argel. Con Cervantes se comprometieron a regresar a España otros catorce cautivos, que él fué escondiendo en una cueva, cerca de donde habían de embarcar, y a los que proporcionó, con extraordinario riesgo de su persona, el alimento y todo cuanto necesitaron durante el tiempo convenido para la llegada de la embarcación. Al acercarse el plazo, se encerró en la cueva con ellos.

Frustrada la fuga por falta de ánimo de los que fueron a recogerles, y descubiertos en la cueva por un traidor, los cautivos fueron conducidos a Argel. Cervantes, presentado al rey, se hizo único autor del proyecto de evasión, sin que las amenazas más terribles lograran hacerle rectificar. El rey, que tenía fama de cruel, se contentó con apropiárselo como cautivo suyo y encerrarle.

A los cinco meses, proyectó de nuevo Cervantes escaparse a Orán. Sorprendida una carta suya al gobernador de aquella plaza, el portador fué empalado y Cervantes condenado a recibir dos mil palos. No se hizo efectiva la condena, y Cervantes volvió a intentar fugarse por mar, con otros sesenta cautivos.

Descubierta también la nueva tentativa, tuvo Cervantes que esconderse. Pero buscado por pregón público, en el que se imponía pena de muerte a quien lo ocultase, por no exponer la vida de su bienhechor, se presentó voluntariamente. El rey le hizo poner un cordel en el cuello. A pesar de esto, no pudo saber nada de los cómplices de la fuga. Cervantes se echó la culpa de todo. Fué metido en una cárcel, cargado de grillos y cadenas.

Cuatro fueron las veces que Cervantes es-

tuvo en trance de perder la vida, empalado, enganchado y abrasado vivo. Ni una sola vez salió de su boca palabra que comprometiera a sus compañeros de cautiverio, anhelosos, como él, de libertad.

JULIO BARCO



## Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

**REVISTA.**—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

**LIBROS.**—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras anunciadas en el Catálogo General, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadradas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

**Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado.**—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en ese caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

**NOTAS.**—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse título y autor de los libros, lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado o en reimpresión, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.

**Enviamos gratis el Catálogo general a quien lo solicite.**



## Impresiones de un recluso



En el número de ESTUDIOS correspondiente al mes de Junio, aparece un artículo de "Un Médico Rural", en cuyas líneas da una impresión de una visita suya a un penal.

Nosotros, que estimamos mucho, por su talento y por su bondad, a "Un Médico Rural", y que leemos cuanto escribe, por ser todo de provecho, queremos dedicarle estas impresiones nuestras, refrescadas por las suyas del penal.

\* \* \*

El abrazo que se da al amigo cuando sale de la cárcel, es un abrazo tan conmovedor, tan tierno, que tiene la virtud de poner en tensión todas las fibras emotivas de nuestro ser. No sé si hay otro momento tan sublime y de tanta belleza, en la amistad, que éste. El corazón late con más fuerza, y los ojos lucen, se humedecen. No se pueden pronunciar palabras. Cuanto quiera decirse sale mal. Se atragantan las palabras cual si fueran espinas. Y es que el amor, en cualquiera de sus fases, no necesita palabras para manifestarse. El silencio acusa mayor intensidad de amor. Ahoga cualquier expresión verbal.

Y la emoción, al ver al amigo que sale de allí, que ha dejado la celda que nos lo separaba, que le impedía vivir en el mundo normal, que nos da una relativa libertad para seguir viviendo, que ya no respira el aire pasado a través de unos odiosos barrotes, es, por demás, justificada.

Pasados los primeros momentos, vuelve la palabra a ejercer sus funciones, y se habla; pero, claro, quien habla es el ex recluso, que cuenta, en todos sus detalles, sus impresiones carcelarias.

¡La cárcel: he ahí el tema. No puede ser otro. Y al libertado parece como si, al pasar la puerta de la prisión, le hubieran desatado la lengua, obligada a guardar silencio durante su encarcelamiento. Como si al perder la libertad, perdiera el derecho al habla, ahora, como un

volcán, escupe fuego, que enardece el ánimo de todos los que le escuchan.

Las mujeres lloran y los hombres disimulan; pero mal disimulan. El ex recluso no ve nada. Digo, sí que ve; ve la cárcel, la celda, el patio en las horas de *paseo*. Tiene clavada en el alma la rigidez de aquella casa; resuena aún en sus oídos el toque estridente, brutal, exasperante, imperioso, de la corneta que ordena durante el día, y el alerta del centinela que vigila durante la noche.

No olvida detalle. Cuenta todo lo visto y oído en aquella prisión, donde tantos hombres diferentes purgan tan diversas penas.

Allí, en el locutorio, por la distancia y por los gritos, no se puede hablar a los familiares y amigos. Ahora sí; libres de rejas y de griteríos, vuelca todas sus impresiones carcelarias. Todo lo que cuenta no se puede reproducir. Sobre todo, cuando habla de la abstención sexual. Esto causa estragos. Es horripilante.

Nuestro hombre no está contento por haber salido. ¡Ha dejado tantos desgraciados entre rejas!

Y recordando, recordando, dice:

"Yo he visto hospitales, y la impresión de dolor que allí se recibe es inmensa; he visitado manicomios, y he salido lleno de escalofríos. De la cárcel salgo invadido por una repugnancia sin igual. El hospital y el manicomio, siendo males que hoy por hoy es preciso aceptar, tienen en su favor que algunos de sus enfermos allí albergados salen sanos y optimistas, para reintegrarse a la lucha por la vida. De la cárcel no sale ninguno así. Ni uno solo. Esto puede afirmarse categórica y rotundamente.

El joven que por primera vez entra en una prisión ya está irremisiblemente perdido. Si ha robado un pan, pongamos por caso, después de cumplir el castigo que la sociedad le impone, vese obligado a robar de nuevo y a aumentar en cantidad y en calidad, si le es posible. Su estancia en la cárcel ha trazado el

camino de su vida. Le ha descubierto un mundo nuevo, completamente desconocido para él. No sospechaba ver ladrones como él los veía. De pequeño, su madre, ignorando el daño producido, le infundía miedo, nombrando a esos monstruos, que él se imaginaba terriblemente dañinos. Y ahora veía, descubría, sin quererlo, que hasta su madre le había engañado.

Aquellos ladrones, gente simpática y solidaria—no todos; como en todas partes, hay excepciones—, eran mejores en sentimientos que muchas personas que él había conocido en la calle y que pasaban por *honrados* y *decentes*.

Y aquel muchacho que robó por primera vez algo indispensable para su vida, en lugar de encontrar en la cárcel afectos y encauzamientos para una vida normal, se halla frente a frente con un poder disciplinario que le asusta. Tras la puerta de la celda, cerrada por fuera, en sus largas horas de reflexión solitaria, siente nacer el adolescente un sentimiento extraño, que no es otro que un odio feroz, pero muy humano, en contra de lo que allí le encierra, que él no sabe distinguir a punto fijo lo que es.

Allí no hay quién le hable, aparte sus compañeros de cautiverio, que explican las aventuras de su vida, hartos llenos de peligros, y que nuestros *filántropos* han dado en llamar *maleante*. Aquello le anonada. Un pesimismo brutal invade todo su ser. Pasa días de encierro largos, interminables, contando las horas y hasta los minutos. Se imagina el odioso traje de penado, y hasta asoma a su mente torturada la tétrica visión del patíbulo. Tiene necesidad de llorar, y prorrumpe en amargo llanto; sus lágrimas quedan secas en las baldosas de su celda. En el patio vuelve a escuchar, atento, las narraciones de sus compañeros, quienes, entre inconscientes risas y carcajadas, exclaman: "Somos ladrones." Y para sus adentros se repite el joven neófito: "Yo también."

Sale de la cárcel al cabo de unos días o de unos meses, sin ropa y sin un céntimo. ¿Qué hacer? No hay más remedio. Robar. Reincidente. Más castigo. Ya está trazado el camino de su vida. Ya no puede escapar de las garras del castigo *ejemplar*. Entra de nuevo en la cárcel. Vuelve a salir y vuelve a entrar. Llega a serle la cárcel familiar. Tiene ya tantos amigos dentro, o más, que afuera. Con la libertad, busca su ambiente. Barrios bajos de la ciudad,

degeneración y latrocinio ascendente. Y prisión, hasta que la muerte lo pilla en la celda o en un tugurio infecto, de estrecha y nauseabunda calleja.

Repito que el hospital da lástima; el manicomio, miedo; pero la cárcel inspira odio, repugnancia...

Mientras uno está en la cárcel, siente una terrible pesadilla, cuya estela no se borra de por vida.

Miseria moral—continúa el ex recluso—; esto es, miseria moral.

Hay otro aspecto; ved lo que me pasó a mí llegada.

Entré de noche en la celda a mí destinada. El que antes la ocupara debía estar reñido con el aseo, y hasta quizá fuera miembro de alguna Sociedad protectora de animales.

Me tumbé en el camastro. ¿Dormir? ¡Qué! ¡Ni pensarlo! Allí había gente nocturna que consideraron no dejarme tranquilo. Recién entrado. Sangre fresca yo y ellos hambrientos. ¡Menudo banquete! Había de dos razas distintas, pero ambas hambrientas. Unos eran como casi moscas de grandes, que se escondían entre los hierros del camastro, y de color rojizo, que se aferraban en la piel, levantando el trasero con descaro, como para hundir mejor el pico. Otros, metidos entre la paja de maíz del *petaque*, y anidados a sus anchas por la manta, eran de un color indefinido, y, aunque más chiquitos, mordían que era un placer—para ellos—, desparramándose por todas las partes del cuerpo, inclusive la cabeza.

Al día siguiente, voy derecho al oficial de guardia en la galería: Señor oficial—le digo—, soy el número X—allí no hay nombres—, que ingresé anoche, y le ruego tenga a bien acercarse a mi celda, que, además de los bichos que hay, verá usted cómo han dejado mi cuerpo en una hora que estuve acostado.

Es de justicia reproducir la respuesta del oficial:

—Oye—dijo a uno que pasaba por allí—, a este señor—y me señalaba a mí—cámbiale de su camastro todo cuanto sea necesario."

\* \* \*

Explicó más cosas mi amigo; pero no he de ser más extenso. Me limitaré a reproducir unos versos que sacó de su bolsillo, y que, diciendo

ser copiados de un libro durante su estancia en la cárcel, leyó en alta voz:

“Que por mayo era, por mayo,  
cuando hace la calor,  
cuando los trigos encañan  
y están los campos en flor,  
cuando canta la calandria  
y responde el ruiseñor,  
cuando los enamorados  
van a servir el amor.  
Si no yo, triste, cuitado,  
que vivo en esta prisión;  
que no sé cuándo es de día  
ni cuándo las noches son,  
sino por una avecilla  
que me cantaba al albor.

Matómela un balletero;  
¡dele Dios mal galardón!”

\* \* \*

A “Un Médico Rural”.

A vos, que trabajáis por el indulto de “Shum”, me rogó mi amigo libertado os enviara estos lindos versos sin autor conocido, pero que son un ¡ay! colectivo de los privados de libertad.

—A ver si es posible—me dijo el amigo— que “Shum”, este año, oiga cantar la calandria y el ruiseñor, y, como ellos, libre, construya su nido de amor, rojo de amapolas y dorado de espigas.

Cumplo su encargo.

DELAVILLE

Prisión de Barcelona, junio de 1929.



## Divulgaciones

# EL DETERMINISMO

El determinismo es a la naturaleza lo que la causa al efecto.

La causa primera o determinante (determinismo) a que se debe la naturaleza es la siguiente:

En puntos indiferentes del Cosmos se forman grandes aglomeraciones del elemento imponderable, simple y estable que le constituye, a cuyo ulterior proceso de reacciones y evoluciones transformadoras se debe la existencia de la materia, en toda la multiplicidad de formas que integran los mundos.

De este primer principio arranca el determinismo que fundamenta la vida de todas las modalidades materiales, determinismo que no es otra cosa que la causa esencial a que todo efecto ha de deberse, en la sucesión ininterrumpida de causa-efecto, causa a que todo se halla necesariamente sometido, sin que pueda verse en ello, no ya la predestinación providencialista de las religiones, sino ni aun el fatalismo, de fondo no menos místico, tan corriente en el lenguaje materialista.

Pues bien: si en la materia bruta—en sus aspectos gaseoso, líquido y plástico que la integran y que se derivan de la primera determinante expuesta—, las modalidades y formas con que se nos manifiesta no son otra cosa que el efecto-causa del proceso de causa-efecto (que es influido por las múltiples circunstancias del medio) que constituye el fundamento necesario a la existencia y evolución de combinaciones y transformaciones en el tiempo y en el espacio de la vida de las mismas, no deja de ser así por lo que hace a las manifestaciones psicológicas del hombre, dado que, como en lo físico, en lo psíquico también, sin otra diferencia que la engañosa y aparente conosciativa, los hechos psicológicos en la criatura no son sino la consecución del proceso de causa - efecto - causa que los produce y que hace polvo al libre arbitrio de las religiones y a la falsa “potestad electiva de los motivos” de algunos filósofos.

Pero argumentaré:

Es una realidad, de la más terminante evidencia, que los estados patológicos, transitorios o crónicos, y de una manera más intensa

estos últimos, determinan en el sujeto una psicología morbosa. Así se observa que los juicios y los hechos de la conducta del loco o del idiota están en consonancia con la morbosidad de su cerebro; la manera de concebir y proceder de la persona influida, determinada por la embriaguez, es distinta a la de la misma, no embriagada; las concepciones y el proceder de un sujeto en las fases de una enfermedad, sufren las alteraciones y modificaciones que en ésta se operan; y probado está cuánto influyen en los sentimientos y en la conducta de las personas los padecimientos cardíacos, dispépsicos, etc., etcétera, crónicos, así como también hasta las más simples alternativas de los motivos de felicidad o de desgracia.

Cuando nos levantamos de la mesa, con el apetito bien satisfecho, somos otro individuo afectivo del que éramos antes al sentarnos.

Es un hecho de categoría perogrullesca que si el individuo huye de todo mortal peligro, es porque así se lo permite la consciencia que de éste tiene, consciencia que está determinada por el instinto de conservación, el cual no es otra cosa que lo resultante de la energía vital, efecto a su vez, del metabolismo que fundamenta la existencia de cada una de las células que constituyen nuestra personalidad, hasta el número de sesenta trillones.

Siguiendo este proceso inductivo, de efecto a causa, sería fácil llegar hasta la causa primera, expuesta al comienzo, y de la cual se deriva la materia, en sus aspectos y modalidades.

No es menos evidente que el matrimonio, cuando no le informa el interés y es verificado obedeciendo a la espontaneidad del sentimiento, tiene como determinante las causas siguientes.

Dadas las circunstancias, conocidas por todos, concurrentes en la mujer para el matrimonio, queda concentrada la cuestión en el hombre solamente; si bien ello no es un escollo para que se cumpla lo que interesa y conviene a la conservación y equilibrio fisiopsicológico perfeccionador de la especie humana, puesto que la elección del hombre implica y lleva en sí, en gran medida, la de la mujer, conjurando por ello la imposibilidad en que a ésta se la tiene para poder elegir.

El hombre, por ejemplo, alto, delgado y rubio, hallará en la mujer, más bien baja, gruesa y morena, los encantos suficientes que hayan

de inspirarle la pasión engañosamente amorosa, así como la mujer de tipo contrario al expuesto, será por igual razón, la que haya de merecer la predilección del sujeto de condiciones opuestas a las indicadas. Del mismo modo, el individuo de imaginación y cultura muy desarrolladas, de un sentimiento exuberante de la dignidad y de carácter francamente alegre, ordenado y activo, será decisivamente atraído por los encantos con que le brindará la mujer que sea en todos estos respectos el tipo opuesto. Pudiera presentarse tantos ejemplos de términos recíprocos, como aspectos y grados ofrece esta cuestión; pero como ello es imposible, basten los expuestos para el fin que los inspira.

Es cierto que se pudiera argüir que al tener estos sujetos (como todos, en todos los casos) la conciencia de los motivos de su conducta, resultará evidente que, si proceden como digo, es porque así cumple a su libertad de acción. Mas a esto contesto yo: no hay tal libertad de obrar, pues el conocimiento en que ésta pretende apoyarse, no es otra cosa que la facultad de que se sirve en la criatura la Naturaleza, para que se cumpla, material y mecánicamente, el fin necesario a la vida de los seres y al compensador equilibrio fisiopsicológico de la humanidad (a la misma causa se debe la conciencia del hambre, de la sed, de la fatiga, del sueño, etc., etc.); equilibrio que sería roto por el exceso degenerativo de las cualidades de la criatura, a que, inevitablemente, daría lugar y representaría en la procreación la fusión de dos naturalezas en las cuales las circunstancias fisiológicas y psíquicas fuesen homogéneas. Pero reforzaré esta argumentación con otro ejemplo que se me ocurre, y cuyo determinismo es tan patente como lo es en todos los casos de la vida humana que se quisieran analizar.

Un sujeto que estima es una realidad el libre albedrío, se dice: Los materialistas afirman que mi libertad es pura ficción, es falsa, y que, por tanto, en todos los hechos de mi vida estoy influido por un motivo que me determina a obrar. Pero yo, que tengo la convicción contraria, a fin de demostrarles su error, ahora que salgo de casa para encaminarme al lugar donde me reclaman asuntos urgentes, lo que dará más fuerza a mi propósito, cambio de dirección y me voy a entretener el tiempo paseando por las afueras de la ciudad.

A este individuo puede replicársele así: No, amiguito; la refutación que tú has querido hacer del determinismo con tu conducta, se vuelve toda contra ti, evidenciando la concepción errada de tu inteligencia; pues si has obrado como lo has hecho, ha sido porque a ello fuiste empujado por el deseo (determinismo) de probar lo que te proponías.

Entiendo sería dar a este trabajo una exten-

sión excesiva en perjuicio de mis lectores, si hubiera de examinarse en él los aspectos delictivos de los sentimientos y proceder de la criatura; pues sí, como en todo, en esto, no escapa la humanidad al principio fundamental que para su vida fisiopsicológica representa el determinismo, será concluyente que a éste han de deberse los hechos todos de su conducta a que me refiero.

DAVID DÍAZ



**Del curioso vivir**

## **El templo sin Dios**



La pastoral que recientemente ha dirigido el cardenal primado de Toledo a todos los fieles condenando la exagerada devoción de la mujer de hoy a los coloretos y a las modas, por cuya causa están abandonados sus deberes religiosos, y, por consecuencia, relajado el principio de familia y de la moral, no es, como a simple vista parece, una cariñosa conminación para traer a buen camino a la oveja descarriada, sino un llamamiento desesperado de náufrago al salvavidas que se aleja y un ruego conmisericordioso de ayuda y de sostén.

Cuando a la Iglesia le falte el concurso de la mujer, ha perdido toda su influencia política en los pueblos y su dominio espiritual en las almas; el día, que no lo ve muy lejos el jefe eclesiástico español, que la mujer adquiera individualidad que le permita conducir por sí sola su vida privada, ese día disminuirá considerablemente la familia celestial, así como la de sus numerosos servidores terrenos.

Impórtales poco a éstos que los hombres dejen de ir asiduamente a la iglesia, es dispensable; tienen que atender a sus negocios, que ganar la vida, que ir donde van los hombres; es conveniente que así sea para que la formación espiritual del hogar y de los hijos quede a cargo de la mujer, que generalmente se inspira en consejos del confesor o en leyendas por él recomendadas. «Así se da el caso harto peregrino — remarcaba poco ha Jiménez de

Asúa en una brillante conferencia— que muchos hijos de hombres eminentes del librepensamiento mirasen a sus padres con espanto y terror.»

La mujer es el alma de toda ortodoxia espiritual; sin ella, sin su alegría, sin su sacrificio, sin su lealtad, sin sus oraciones, no hay comunidad ni convivencia posibles: es puente que une dos orillas lejanas, el guión de una palabra compuesta, la sustancia de toda composición moral.

Pensar cómo queda la familia numerosa cuando la madre muere: se convierte en tribus; mirar el hogar del que la compañera huyó: no hay limpieza, ni adornos, es una nevera; reparar en el joven que la novia contrarió: está sombrío, no come y piensa en el suicidio; fijaros en el santo que no cuidan manos piadosas de mujer: no tienen velas ni flores ni está en humor de hacer milagros; visitar un templo sin mujeres llorosas, veladas, de rodillas, estáticas, sin un coro femenino que cante la gloria de Dios, y tendréis la sensación del vacío, la frialdad del túnel y el silencio de lo abandonado.

Preguntar al albañil que se encarama sobre un tablón a la altura de un noveno piso para qué trabaja y os dirá como *Juan José*: «Para el vestido de percal de ella, para el mantón de sus hombros, para el paseo con ella el domingo.» Que os diga un poeta qué imagen tiene

delante cuando hace sus versos, que no será una salchichería ni un banco, sino una forma y gloriosa de mujer.

La mujer lo es todo en la vida, es un extracto; y como lo saben los dirigentes de la Iglesia...

Hasta para remediar calamidades sociales recurren los gobernantes modernos, que les daría vergüenza sacar el santo, como nuestros campesinos para que llueva, a la mujer.

En Francia, en los días catastróficos de la caída de la moneda, cuando el franco valía cinco céntimos de peseta, cuando un multimillonario americano podía haber comprado París y sobrarle dinero, el gobierno, para sostener la moral de los franceses, ideó unos carteles que fueron repartidos y pegados profusamente. ¿Qué creen ustedes que en los carteles dibujó el artista? Pensarán que grandes naves de fábricas de producción nacional con un enjambre de obreros sanos y optimistas que no les arredra el porvenir, o un campo fecundado con cosecha pródiga, promesa de pago, de nivelación y prosperidad, pues no; dibujó unas cuantas mujeres con atavíos regionales franceses, y abajo escribió esta alocución: «¡Levanta la cabeza, mujer francesa, que igual que distes soldados para la victoria, has dado hombres para todo!»

Las arengas de hoy de todos los gobernantes cuando hablan de la unidad nacional y de la idea de patria, van dirigidas a la mujer; sin la conquista de la mujer esas ideas no tienen estabilidad ni duración. «Para emancipar al hombre —dijo Castelar— hay que educarlo veinte años antes que nazca, educando a su madre.»

En las mujeres están personificadas las ciencias, las artes, las industrias y las bondades: Minerva, Talía, Temis, Ceres, la Virgen; en los hombres, lo contrario: la tempestad, la destrucción, la falsedad, la rebeldía: Neptuno, Marte, Judas, Lucifer...

Y como estos sortilegios de la mujer los conocen los magnates de la iglesia mejor que nadie, y como ven que se les va de entre las manos, dirigen pastorales como la del primado de Toledo, a los fieles, que se encogen de hombros como si oyeran llover.

Condenaron la falda corta y la llevan por encima de las rodillas; execraron los concur-

sos de belleza femenina y se celebran por doquier; prohibieron la liviandad del vestido en los balnearios y los bañistas no usan ninguno. La mujer no va a la iglesia como iba: va a la Universidad, a la Facultad, al taller, a la oficina; estudia, trabaja, va haciéndose su personalidad... El templo se queda sin dios. El dios, para distraerse, no va a novenas ni a rosarios, que va a «bares» y «cabarets». Su templo favorito no es la catedral, que es el *Moulin Rouge*; su calle no es la de la Amargura, que es la de la Paix; su confesor no es el sacerdote, que es el modisto. Es muy lamentable esto, lo reconocemos como el señor primado de la iglesia española, pero, ¿qué esclavo no comete torpezas y desafueros cuando quiere redimirse?

Démosle facilidades todos, para que se desenvuelva, para que sea lo que ella quiera ser, y puesto que sin ella nada se hará duradero y positivo, gánela luego el ideal que más bondades reúna.

Lo peor es el período transitivo, el que pasamos; todo está en crisis y estará hasta que la diosa se sitúe, crea y tenga fe en algo. Todo es preferible a que siga siendo beata, ignorante y gazmoña.

J. MARTÍN ARJONA



## Lira rebelde

### De espaldas al pasado

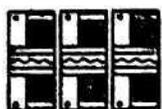
De espaldas al pasado, sereno ante el presente, voy hacia el Alba, con el laurel que espera; la lira sobre el hombro, desnuda al Sol la frente, y el corazón y el alma de nuevo en primavera.

Indiferente a todo, y a nada indiferente, mi yo siempre en acecho como una gran pantera; muy lleno de mí mismo, muy solo entre la gente; y para todos una sonrisa placentera.

Ni el Bien ni el Mal me importa. No extenderé [mi mano, ni a la mujer ni al niño, ni al ave ni al gusano. Yo cuidaré mi frente de todas las mancillas...

¡Y si la envidia o el odio me salen al camino, haré caer el arma que empuñe el asesino, y haré que el asesino se ponga de rodillas!

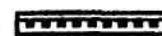
ALFONSO CAMÍN



## SILUETAS



## Higinio Noja Ruiz



Higinio Noja Ruiz ha dado una nueva novela, y esto para nosotros constituye un acontecimiento; la titula *La que supo vivir su amor*. Es una novela de tesis, de esas que llevan su tendencia emancipadora.

La clase proletaria no ha dado todavía un novelista, un escritor que saque a la publicidad todas sus fatigas, todos sus sinsabores y sus inquietudes con los anhelos reivindicadores; es cierto que se han hecho y se hacen diferentes ensayos publicándose muchas novelas cortas con las cuales se vislumbran en algunos autores futuros novelistas de excelentes cualidades para abordar de lleno este género literario, pero hasta la fecha no ha salido el escritor que busque sus expansiones en este género, o sea en la novela grande.

Desde la iniciación de *La novela roja* y otros que le siguieron después, se despertó entre los escritores avanzados un anhelo en querer llevar a las cuartillas asuntos y problemas vívidos en las luchas proletarias, y quedó demostrado que no se carece de buenos escritores, pero el novelista quedó en ensayo.

Hace falta que aparezca el Gorky que trace la novela del pueblo, del pueblo sufrido, del que produce, puesto que Blasco Ibáñez dió su *Catedral*, su *Bodega* y su *Intruso*; Pío Baroja nos hizo esas otras novelas ideológicas indefinidas; Concha Espina con *El metal de los muertos*, y Ciges Aparicio trazaron en sus novelas las fatigas de los mineros, pintándonos su dolorosa vida de trabajo.

Higinio Noja Ruiz, es sin duda uno de los escritores jóvenes que tiene más aptitudes para la novela, y pudiera ser quien emprendiera la labor que más arriba indicábamos, pues sus andanzas de provincia a provincia, sus conocimientos, su temperamento y su exquisito modo de describir las cosas y el ambiente, lo hace ser un novelista de cuerpo entero.

Las dos novelas grandes que Higinio Noja

Ruiz tiene publicadas, demuestran lo que decimos. En ellas se respira ese aire de escritor que a muchos nos hace falta para ser el novelista que lleve al libro los problemas de una clase que por ser la más misérrima, merece que se novele su vida y se estudien detenidamente los sinsabores, las privaciones que sufre por la avaricia de los dominadores y detentadores de la riqueza social.

*Los galeotes del amor* y *Los sombríos*, de las que es autor Noja Ruiz, son dos novelas que por sí solas acreditan a un escritor, y por ende llevar a cabo esa literatura que tanta falta nos hace en España para contrarrestar las malas novelas, las sosas e insípidas elucubraciones literarias de los Insúas; esas novelas que digan la vida agitada del proletariado—como *El arlequín azul*, de Valentín de Pedro—con el avaro burgués y el déspota del dinero, que subyuga todos sus anhelos de hombre sibarita al infortunio de quienes les enriquecen.

Higinio Noja Ruiz, escritor pulcro, sensible a todos los grandes problemas, es el novelista que se espera surja a describir la vida del paria del trabajo, que a pesar de todas sus miserias busca elevarse de su nivel cultural que las clases directoras les regatea.

\*  
\*  
\*

Hacerse con una regular o superior cultura y poseer algunos grados de conocimientos en ciencia, arte y literatura, es cosa fácil para las clases pudientes, de esas clases que por herencia de familia vienen a poseer riquezas que amasaron manos callosas; para esas clases, repetimos, es sumamente fácil DOCTORARSE, sumamente fácil.

Las Universidades, los Institutos, las Academias, en una palabra, todos los Centros docentes se hallan abiertos para los hijos de los privilegiados de la fortuna; nada hay difícil para ellos, y los centros de cultura se hallan repletos

de esta clase de alumnos, que vienen a ser en la actual sociedad los de primera clase.

Abogados, médicos, arquitectos, ingenieros, militares, etc., etc., todas estas profesiones llamadas liberales, les están reservadas para esos hijos de primera clase. Para los pobres, para los que no poseen ningún patrimonio, les aguarda el campo para labrarlo, las fábricas para producir, los talleres para construir y enriquecer a la sociedad de los instrumentos del progreso; y si quieren instruirse e ilustrarse, sólo les queda como refugio la escuela, en la que aprenderá a balbucear las primeras letras, a deletrear y mal entender lo que leen, y esto, todo a costa de algunos sacrificios para los padres, puesto que la mayoría, la inmensa mayoría, tienen que sacar de la escuela a sus hijos, apenas aprendidas las eternas historias y las rutinarias lecciones de memoria, y no siempre los más útiles y necesarios, ya que los necesitan para la ayuda del ingreso casero, y, ya mayores, tienen que apercibirse para la lucha por la existencia, es decir, dedicar sus energías al trabajo.

Bien es verdad que pueden disponer una vez hombres y en las grandes poblaciones, de libros, de bibliotecas públicas, y concurrir a las conferencias que se celebren, pero todo esto es relativo; los libros son los que más están en su ayuda, pero sus precios elevados resultan un sacrificio el adquirirlos, y si lo intentan, ha de ser privándose de toda diversión y recreo, del teatro y del café; los libros es el alimento espiritual para el hombre voluntarioso al estudio, y a ellos acude cuando aspira a elevarse sobre la ignorancia general, y lo consigue a costa de desvelos sin cuento.

Y esto es lo que le ha sucedido a Higinio Noja Ruiz, como a tantos otros hijos de trabajadores que han llegado a conquistar conocimientos de Historia, Ciencia y Literatura, y que algunos han alcanzado puestos preeminentes, ya en el arte, ya en las letras. A su tesón, sólo a su tesón y fuerza de voluntad para conseguir llegar a la comprensión de los grandes problemas humanos.

Nació en Ríotinto H. Noja Ruiz, y asistió a la escuela de primeras letras hasta que cumplió los nueve años, época en la cual murió su madre y tuvo que quedarse en casa al cuidado de sus hermanos.

Apenas cumplidos los once años, es decir,

un niño todavía, más propio para dedicarse al juego con sus amiguitos, Noja Ruiz se pone a trabajar en las minas, como un hombre padre de familia, y en ellas estuvo, hasta que al cumplir los dieciocho marchó de su pueblo natal, buscando mayores centros de actividades. Hace rumbo para Barcelona, y en esta inquieta babilonia de las revueltas, es donde se despiertan en Higinio Noja Ruiz los deseos de leer, las ansias de saber; pero, ¿cómo conseguir dinero para comprar periódicos y libros?

No viendo otra forma de agenciarse los recursos necesarios para atender a sus perentorias necesidades e instruirse; falta de relaciones personales que le facilitasen ocupación en relación con sus inclinaciones, se buscó trabajo de peón de albañil, luego pica calderas, limpia moldes en las fábricas de vidrio; falta de un trabajo fijo, seguro, salta de una fábrica a un taller, y lo mismo va a un barco como a un túnel; para él no existe trabajo duro ni pesado con tal de adquirir los recursos necesarios para procurarse aquellos libros que le atraigan en los puestos establecidos en los *Encantes* y en las barracas de *Atarazanas* de la revolucionaria Barcelona.

Llega la declaración de la gran guerra y nuestro amigo se traslada a su Andalucía, donde pasa dos azarosos años de trajín continuo para buscarse el sustento y continuar sus lecturas. En este tiempo, hizo carbón, trabajó como peón de carreteras, desbrozó montes, cortó palmas, hizo de arriero, de leñador, trabajó en los puertos y en las fábricas. Su odisea por el trabajo fué grande, pero su voluntad fué mayor; todo lo soportó con resignación con tal de tener los medios de cultura a fin de elevarse del medio ambiente de la ignorancia, consiguiéndolo, puesto que más tarde lo vemos ejercer de maestro de escuela en Valencia, de periodista y como contable comercial.

Los hechos por la cultura de los desheredados de la riqueza es enorme, tan enorme como son todas las esclavitudes para libertarse tanto en lo moral como económicamente, puesto que no aprende el que quiere sino el que puede; y en este trance, puestos en el dilema de la lucha, hay que sostenerla con ahinco y tesón para no fracasar, doblándose en los primeros tropiezos que se tienen y se presentan por delante. Pero para los hombres que como Higinio Noja Ruiz

se proponen conseguir un objeto, no hay tropiezos que no sepan afrontarlos a pesar de todo: persecuciones, hambre, que de todo hay para los inadaptables.

La obra llevada a cabo por este escritor, es fiel reflejo de cuanto dejamos anotado en estas líneas, y ello dice en su favor más de lo que nosotros pudiéramos decir; producir y dar novelas, teatro y ensayos, por aquellos que nada les hace falta en la vida, no es de grandes méritos, porque en esa producción no hubo lucha ni privaciones de ninguna especie.

Y esto es de gran consideración para los que sabemos la crueldad que encierra la vida.

\*  
\*\*

La obra de todo escritor debe juzgarse y analizarse por separado, y muy detenidamente, puesto que cada novela u obra teatral tiene algo de bueno y algo de malo; no se escribe para todos los gustos. El autor mira de estampar en las cuartillas lo que ve y observa, lo que siente y piensa, lo que es y lo que debería ser la sociedad.

Higinio Noja Ruiz es de estos últimos; escribe porque tiene mucho que decir de lo observado en la vida, y difiere de como está constituida la humanidad; esto no quiere decir que en su obra no tenga peros que señalarle; no hay obra perfecta y a gusto de todos.

Empieza a escribir Noja Ruiz en los periódicos apenas cuenta quince años, y a los diez y siete, publica su primer folleto, titulado *Mi primer amor*, siendo agotada su tirada a los pocos días de aparecer. A este trabajo le siguieron otros: *Por la enseñanza*, *Algo sobre feminismo*, *Brazo y cerebro*, *La palanca de Arquímedes*, *Prosa de combate*, *Amapolas y Ortigas*, ensayos todos de doctrina sociológica y prosa de combate, donde se vislumbra al pensador que estudia los problemas arduos que se debaten en la sociedad.

De novelas tiene varias; la primera en dar a luz fué *Tragedias vulgares*, editada por "Luz y Vida", dirigida por Diego Alonso, siguiéndole: *El Gracián que asesinó* y *Vidas quiméricas*, por "La Novela Social", y *La Balanza de Themis*. Vienen luego sus novelas grandes: *Los galeotes del amor*, editada por "La Biblioteca Pedagógica", de Puente Genil; *Los Sombríos*, por la

Librería Internacional, de París, alcanzando todas ellas el éxito de agotarse sus ediciones.

Y animado por estas buenas acogidas, se ha lanzado a explorar nuevos horizontes, y Rubiños, el experto editor madrileño, lo da a conocer al gran público de la novela, a ese público estragado de las malas lecturas que proporcionan los editores poco escrupulosos y que no tienen otras miras que las de enriquecerse.

*La que supo vivir su amor*, es la novela que acreditará a su autor como experto escritor y admirable novelista que sabe describir el ambiente y el paisaje, como el dialogar a los personajes que figuran en ella, con soltura y naturalidad.

Digna por todos los conceptos es la labor desplegada por este joven escritor, más si tenemos en cuenta lo que fué, sus sacrificios por hacerse con cultura, y a dónde ha llegado.

Como se ha visto, la vida agitada de este escritor se ha formado del trabajo duro, sin abandonar el pico, alternando con la pluma en los ratos robados al descanso, y ya sabemos los esfuerzos que esto implica para el cuerpo que pide reposo, y el cerebro que busca borrar de su imagen las heridas trágicas de la vida.

H. Noja Ruiz, siguiendo por el camino emprendido, llegará a escalar el peldaño de la gloria, porque tiene talento y tiene su don natural, creador y pensador.

EMILIO V. SANTOLARIA

## IMPORTANTE

Este número de ESTUDIOS dejarán de recibirlo varios corresponsales y suscriptores que se hallan atrasados en sus pagos, y el número próximo dejarán asimismo de recibirlo muchos más. Hemos desistido ya de escribir cartas a los que se encuentran en este caso, puesto que lo único que se consigue, la mayoría de las veces, es gastar sellos inútilmente y aumentar con ello el déficit que ahoga a esta Revista.

Ya saben, pues, los lectores que no reciban ESTUDIOS de manos de sus corresponsales, a qué atenerse, y los que no quieran dejar de recibirla, pueden suscribirse directamente a esta Administración.



## Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos

(Conclusión)

Pero lo que a nosotros nos interesa es el que hemos llamado soporte orgánico de la hipersensibilidad amorosa del climaterio. De este estado orgánico que empuja a la libido de la mujer fuera de los cauces habituales, forma parte importante el enorme aumento de la afectividad, que ha sido tantas veces descrito y que está condicionado por una peculiar actitud del sistema nervioso vegetativo y de ciertas glándulas de secreción interna (tiroides y suprarrenales, singularmente). En mi libro *La edad crítica*, me he ocupado detalladamente de esta importante relación entre el ocaso involutivo y la aptitud emocional. El alma de la mujer, al llegar estos años en que su sexo va a morir, se hace infinitamente sensible a los más leves estímulos afectivos; diríase que, como una piel desollada, reacciona con agudeza dolorosa a las agresiones antes inadvertidas.

Mas hay otra causa más directamente responsable del fenómeno crepuscular que comentamos: el aumento efectivo de la aptitud de la mujer declinante para el orgasmo. Quisiera decir esto con palabras impolutas. Para mí es evidente que la libido y el orgasmo femeninos, esto es, la inclinación instintiva de la mujer hacia el hombre y la aptitud de la mujer para el goce sexual, son fenómenos que, en sus grados intensos, tienen un indudable acento viriloide; o en otras palabras: la libido muy diferenciada, el orgasmo muy diferenciado, son fenómenos netamente viriles, cualquiera que sea el objeto a que se dirigen o con que se satisfacen. En la mujer de feminidad muy pura, la libido no es nunca una fuerza activa y poderosa, sino, por el contrario, un sentimiento pasivo, un hambre leve, sin necesidad urgente de saciarse. La mujer ni siquiera elige al varón. Espera a que la elijan. Si en el juego social de los sexos, se desposeyera al trato amoroso de los artificios de la conveniencia —que son los que en la realidad

deciden las cosas y no el instinto puro—, la mujer sólo excepcionalmente tomaría la iniciativa. Por ello, la castidad no es una tragedia orgánica —puede ser una tragedia social— para la mujer; y es una profunda y dramática contingencia para la mayoría de los hombres.

La libido de la mujer de feminidad muy pura, permanece, en cuanto a su sentido directamente sexual, indiferenciada y confusa. Su desarrollo se hace en un sentido colateral, que absorbe la mayor parte de su energía: en el sentido maternal. Por ello, la mujer no contaminada de virilización, si busca al hombre o desea que llegue, es para servirse de él, no como fin de su libido, sino como estación de paso para el fin estricto de la maternidad. Al contrario del hombre cuya libido enardecida se dirige a la hembra con violencia radical y directa y se extingue en su posesión.

En el aspecto morfológico se observa la misma diferencia entre uno y otro sexo. En el varón alcanza una perfección terminal todo lo que se refiere al cumplimiento del acto sexual primario, en el que se resume toda su actividad erótica: fortaleza física para la lucha cósmica, uno de cuyos aspectos es la conquista del amor; y aparato reproductor dispuesto para el contacto fugaz e inervado para percibir sensaciones de inusitada agudeza. En la mujer, la anatomía general queda detenida en una etapa adolescente, porque casi toda la savia morfológica se desvía para servir a las funciones maternas, mediante el auge del enorme aparato reproductor, con la amplia pelvis que le sustenta y el brote óptimo de las mamas. Sólo estos órganos, de servicio directamente maternal, alcanzan en la mujer desarrollo mayor que los correspondientes del varón, mas la excesiva longitud del cabello, cuyo sentido es difícil de explicar, como no sea dándole un valor específico en la atracción de los sexos; y como tal

sería de carácter transitorio, porque los motivos de atracción cambian a través de los siglos, y este cambio en apariencia frívolo de la moda, trasciende, a la larga, a la anatomía sexual.

La morfología femenina pura, la de los años juveniles, es, pues, una morfología adolescente. Sus rasgos diferenciales se refieren sólo a una función especializada, la maternidad. Y, paralelamente, la libido de la mujer es una libido ambigua, pasiva, adolescente también. Salvo la diferenciación colateral, de tono extraerótico, del instinto materno. En la evolución del orgasmo femenino encontraremos la misma situación. El orgasmo, como sensación espontánea y primitiva, es tan accesorio en la mujer, que su función sexual se cumple sin necesidad de orgasmo alguno. Hay un número infinito de madres —muchas, tal vez, de copiosa prole— que jamás experimentaron la menor sensualidad directamente sexual. A diferencia del varón cuya actividad específica es imposible sin orgasmo, éste es inútil —verdadera sensación de lujo— en la hembra. Por ello no hemos dudado en incluir esta diferencia que además tiene un sentido biológico trascendente, entre los caracteres sexuales de primera categoría.

Pero esta frigidez fisiológica de la mujer en su período adolescente y maternal —fisiológica porque no afecta al cumplimiento del instinto y porque su desaparición depende casi siempre de una inducción artificiosa; no porque sea, ni mucho menos, constante— desaparece al aproximarse el término del ciclo sexual. La experiencia de los médicos y de los ginecólogos es decisiva en el sentido de que tantas y tantas mujeres, sordas durante muchos años a la voluptuosidad, adquieren esta aptitud al granarse su madurez. Terrible desarmonía en el destino de los sexos: porque, dentro de la solución monogámica del problema sexual, resulta que cuando en el hombre el acto primario adquiere un carácter cada vez más episódico, en la mujer, precisamente, empieza a romperse la virginidad de las sensaciones y a convertirse en un jardín frondoso y lleno de fruiciones lo que hasta entonces fué nada más que un sendero, no raras veces escabroso, para llegar al hijo.

Así, pues, en la mujer se da el caso dramático de que el sexo muere en plena juventud de su evolución, cuando apenas había logrado un apogeo reciente y lleno de matices. Mientras

que en el varón, la sexualidad se extingue lentamente, cuando ya ha gustado todas sus fruiciones, muchos años después de haber alcanzado su cenit.

Ahora bien, este auge tardío de la auténtica aptitud erótica primaria de la mujer —aptitud erótica que nada tiene que ver con otro género de fruiciones cariciales y afectivas con los que a veces se confunde— es un fenómeno condicionado por la sensibilización y también el desarrollo somático de un órgano hasta entonces rudimentario, el clítoris, cuyo significado es netamente viriloide. Es uno de los vestigios de la virilidad, que en la mujer permanecen en estado atrófico, hasta que resurgen al final de la involución femenina. Su significado es paralelo al del pezón rudimentario del hombre, que puede tener un auge transitorio en la pubertad, pero después se atrofia; en tanto que en la mujer adquiere un tamaño ópimo. Desarrollo clitórico y aparición o auge del orgasmo son, pues, fenómenos enteramente paralelos al brote de la barba climatérica, al desarrollo laríngeo, al aumento de la corpulencia, a la extinción de la ovulación: en suma, fenómenos de virilización. Y he aquí cómo esa tendencia erótica de dirección normal pero excesiva, encaja dentro del conjunto somático y funcional de la inversión climatérica.

Ya sé que esta interpretación, que contraría radicalmente los modos clásicos de ver el problema de los sexos, no ha de ser aceptada sin dificultades. Desde luego en estas páginas no puedo reforzarla con otros argumentos significativos, extraídos del estudio de la morfología y de la cronología sexuales, que aquí estarían fuera de lugar. Pero yo insisto en la exactitud de este hecho: en la mujer muy femenina, de morfología asténica, hipoplástica o infantiloides, con rasgos sexuales secundarios de estricta feminidad, con tendencia maternal muy acusada y gran aptitud concepcional, la libido permanece indiferenciada —en su sentido de necesidad, de hambre sexual—; y el orgasmo —abandonado a su evolución natural, sin la influencia perturbadora del medio social— es de aparición tardía y de muy leve intensidad. Por el contrario, la mujer dotada de una tendencia espontánea, impetuosa y precoz hacia el hombre y de una aptitud voluptuosa, enérgica y prematura, es siempre de morfología recia, de piel more-

MUJER

HOMBRES

Caracteres sexuales.

Anatómicos.....

Primarios (genitales).....

- a) Ovarios.
- b) Trompas.  
Útero.  
Vagina.  
Vulva (labios, clítoris, etc.)
- c) Mamas bien desarrolladas.

- a) Testículos.
- b) Epidídimo. Conducto deferente.  
Vesículas.  
Próstata.  
Pene. Escroto.
- c) Mamas rudimentarias.

Secundarios (sexuales).....

- a) Predominio del desarrollo pelviano sobre el escapular.
- b) Sistema locomotor poco enérgico.
- c) Mayor desarrollo y distribución típica de la grasa subcutánea.
- d) Sistema piloso infantil y cabello largo.
- e) Laringe de desarrollo retrasado.

- a) Predominio del desarrollo escapular sobre el pelviano.
- b) Sistema locomotor muy enérgico.
- c) Menor desarrollo y distribución típica de la grasa subcutánea.
- d) Sistema piloso desarrollado y cabello corto.
- e) Laringe bien desarrollada.

Funcionales.....

Primarios (genitales).....

- a) Libido hacia el hombre.
- b) Orgasmo sexual lento y no preciso para la fecundación.
- c) Aptitud concepcional.  
Menstruación.  
Embarazo. Parto. Lactancia.

- a) Libido hacia la mujer.
- b) Orgasmo sexual rápido e imprescindible para la fecundación.
- c) Aptitud fecundante.

Secundarios (sexuales).....

- a) Instinto de la maternidad y cuidado directo de la prole.
- b) Mayor sensibilidad a los estímulos afectivos y menor disposición para la labor abstracta y creadora.
- c) Menor aptitud para la impulsión motora activa y para la resistencia pasiva.  
Marcha y actitudes características.
- d) Voz de timbre agudo (soprano hacia contralto).

- a) Instinto de la actuación social (defensa y auge del hogar).
- b) Menor sensibilidad a los estímulos afectivos y mayor capacidad para la abstracción mental y la creación.
- c) Mayor aptitud para el impulso motor y la resistencia pasiva. Marcha y actitudes características.
- d) Voz de timbre grave (bajo hacia tenor).

na y de caracteres sexuales de evidente borrosidad. Tal, por ejemplo, la voz. Y a Buffon —el grande y perspicaz naturalista, que tanto se cita, pero que los biólogos modernos leen demasiado poco— decía que *les femmes qui ont la voix forte sont soupçonnées d'avoir plus penchant pour l'amour*. La voz fuerte, la voz de contralto —“la voz femenina de hombre”: Bloch— es, en efecto, la de más profunda sugestión erótica. La voz de Carmen. Y con la voz gruesa y caliente, virilizada, coincide en Carmen el cabello recio y negro, el labio superior ligeramente abozado, y un vello, tal vez nada discreto, extendido por el tronco y los miembros. El “arquetipo-Carmen”, representativo de la mujer sensual y ardiente, típico de las razas del sur, que ha hecho caminar tantas leguas, con el instinto soliviantado, a tantos hombres con la cabeza rubia, es, en suma, una forma intersexual. Una mujer de esta categoría ha alcanzado, por la violencia de su voluptuosidad, inmortalidad histórica: Mesalina; y es curioso anotar que lo único que sabemos de la morfología de esta mujer insaciable es que poseía una abundante cabellera negra —*Sed nigrum flavo crinen*, etc., decía Juvenal— y que sus muslos estaban cubiertos de largo vello oscuro.

\* \*

La virilización —anatómica o funcional, o ambas cosas a la vez— de la mujer climatérica es un hecho, en suma, definitivamente fijado e interpretado. En cambio, en el hombre que declina, no se observa la evolución equivalente, la tendencia feminoide. Es cierto que hay varones que en estos años involutivos se hacen adipósicos, y pierden la línea enérgica de su anterior morfología viril; y que, a la vez, adquieren sensibilidad exquisita para los estímulos emocionales—realmente una sensibilidad femenina—, mas una blandura de la voluntad que entorpece o anula su eficacia en la lucha social. Pero estos signos, de apariencia feminoide, son fenómenos estrictamente patológicos, expresión de una *débâcle* de los resortes metabólicos y psíquicos, que, tal vez, la crisis involutiva precipita, pero que no dependen directamente de ella. Bien investigados, se encuentra siempre en estos casos de aparente afeminamiento climatérico, trastornos orgánicos—circulatorios o nerviosos—reveladores de un estado patológico

o de una constitución anormal anteriores; y, generalmente, también una vida de actividad desordenada y agotante. Todo lo cual explica, en un sentido de franca anormalidad, esta transformación, que, por lo demás, es muy rara. Su rareza y su carácter enfermizo, la diferencian esencialmente del fenómeno análogo de la mujer, la virilización climatérica; que es, como he explicado, un hecho constante y de sentido normal.

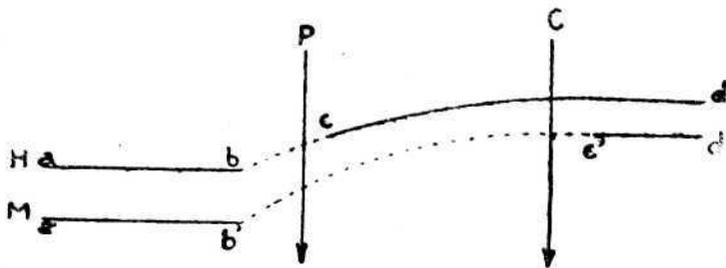
\* \*

Queda así demostrado este típico comportamiento diferente de los dos sexos en los dos trances de la vida del instinto reproductor: inclinación feminoide del hombre en la pubertad; inclinación viriloide de la mujer en el climaterio. Y lo primero que sorprende es que el fenómeno, siendo tan singular y tan notorio, no haya llamado la atención de los naturalistas y los médicos. Y más si consideramos que no es un fenómeno exclusivo de la especie humana, sino que puede observarse también —aunque en medida más discreta— en las otras especies animales. En Champy, por ejemplo, encontramos sus observaciones y las de otros naturalistas respecto a un frecuente estado de duda sexual en los batracios jóvenes, duda que sólo experimentan los animales que luego serán machos; es decir, lo mismo que hemos dicho para la pubertad humana. Y el fenómeno climatérico es también notorio: desde los albores de la ciencia natural —Plinio, Aristóteles, Hipócrates— se describió la *arrenoïdia* o tendencia viril de la hembra vieja, fácil de observar en algunos animales domésticos, como la gallina, que cuando, con la edad, pierde la aptitud ponedora, adquiere, a veces, apariencia de gallo, canta como éste, etc.

El estudio de esta ley, que podemos, pues, considerar universal, nos conduce a datos del mayor interés para el conocimiento general de la vida de los sexos. En efecto: al meditar por qué ocurren las cosas de este modo, y al tratar de explicarlas, nos encontramos con el esquema más claro de la posición recíproca de los dos sexos y de su significado respectivo en la evolución morfogenética.

Hemos de partir, para esa explicación, del hecho hoy ya indiscutible —como he dicho al principio de este estudio— de la coexistencia en cada individuo de dos sexualidades, una

predominante y en plena actualidad funcional; y otra esbozada y dormida. Pero estas dos sexualidades no evolucionan sincrónicamente, sino sucesivamente. Lo femenino es una fase que sigue a la adolescencia y precede a lo masculino, etapa terminal de la evolución. Y esta sucesión es inexcusable en todo ser humano que cumple el ciclo completo de su vida. Es decir, que cada hombre no pasa de su adolescencia indiferenciada a su diferenciada virilidad directamente, sino atravesando un período de feminidad intermedia, más o menos borrosa según una diversidad de circunstancias. Y, a su vez, cada mujer adquiere su feminidad por una prolongación insensible de su adolescencia; pero esta feminidad se agota, y termina en un período de virilidad, de intensidad, grande o mezquina.



La diferencia entre un sexo y otro no es, por lo tanto, una diferencia radical *cualitativa*, de rasgos oponibles, sino una mera diferencia *cuantitativa* de matices en la energía y en la cronológica de las dos sexualidades. En el esquema adjunto se expresa claramente esta diferencia. En el hombre (H), después del período indiferenciado (a b) de la niñez y la primera adolescencia, sobreviene una fase, breve y borrosa (b c), de feminidad, a la que sigue la fase viril (c d), larga y enérgica, que se acentúa durante toda la madurez, y cuyo ciclo se extingue sólo en la ancianidad. En la mujer (M), después del período indiferenciado (a' b'), análogo al hombre, ocurre, sin transición, el largo y diferenciado período de la feminidad (b' c'); y sólo al final aparece un corto y equívoco trance viriloide (c' d'). Los componentes del varón y de la hembra son, en suma, los mismos. Difiere sólo en cada sexo la proporción en que están mezclados y su cronología.

Ahora se comprende bien que un observador que lance su mirada hacia los años puberales (P) de un hombre y una mujer de la misma edad, sorprenda al hombre en la fase de transición femenino-masculina, es decir, en una fase

intersexual; pero en la mujer, la feminidad, quizá un poco infantil, existe ya sin mezcla intersexual alguna. En cambio, este mismo observador, veinte o veinticinco años más tarde, en el momento climatérico (C), sorprenderá al hombre en plena evolución viril —la feminidad se extinguió ya hace tiempo—, pero a la mujer en plena crisis de transición femenino-masculina, esto es, en plena intersexualidad crítica.

Naturalmente, en el hombre y en la mujer normales, las fases de intersexualidad crítica —puberal o climatérica— ocurren de un modo atenuado, soterrado, perceptible sólo al ojo agudo del naturalista. Cuando emergen —con las manifestaciones antes descritas— a la superficie de la morfología o de la fisiología, se trata siempre de individuos en los que el sexo principal o legítimo está poco diferenciado —o se diferencia tardíamente— permitiendo que el otro sexo, el espúreo, a la sombra de su debilidad, se desarrolle. La observación nos enseña que, en armonía con esto, cuando un muchacho exhibe signos de feminidad puberal, posee gonadas (testículos) de capacidad funcional disminuida o retardada. Si la gonada se desarrolla pronto y enérgicamente, entonces la fase feminoide transcurre en silencio y, aparentemente, a la adolescencia sigue, sin dudas previas, la virilidad. De modo análogo, en las mujeres de feminidad muy pura y muy distinta —de morfología entre adolescente y femenina, de fuerte instinto maternal, quizá de libido y de erotismo suaves, de sensibilidad amorosa y general muy vivas— el climaterio sucede en paz, por lo común tardío, sin molestias y sin llamativas rebeldías de la virilidad terminal. En cambio, en la mujer indiferenciada —de tipo y dinámica enérgicos, de morfología empañada de intersexualidad (incluso la intersexualidad compatible con los tipos étnicos de belleza a que antes nos hemos referido), de libido precoz y violenta, de voluptuosidad mesalínica, de flojo instinto maternal— la crisis involutiva será penosa y prematura, y se caracterizará por el auge escandaloso de los signos viriloides.

•••

Otra conclusión importante del estudio que venimos esquematizando, es el recto sentido que debemos dar a las crisis de la sexualidad; a la pubertad y al climaterio. Se considera

habitualmente como la esencia de esas crisis, el despertar y el morir de la actividad sexual. Pero nacer y morir son fenómenos fisiológicos, y "crisis" significa algo más profundo y anormal: la resultante de un conflicto en el que luchan fuerzas desproporcionadas. Después de cuanto he dicho, se comprende bien que lo característico de la "crisis" no es un simple orto y un simple ocaso, sino el conflicto de las dos sexualidades que he explicado y que se puede designar con la expresión de *la superación de la feminidad por la masculinidad*. El paso de la fase impúber a la feminidad, se hace de un modo gradual y suave. Apenas hay límite natural que las separe. La línea de limitación entre una y otra es una fecha, es decir, un artificio; como la línea que trazan los gobiernos en un mapa para separar arbitrariamente dos naciones contiguas. Lo esencial de la mujer, que es su maternidad, es un apéndice colateral a la línea evolutiva de su desarrollo. Algo, por lo tanto, profundo en el orden fisiológico y social, pero secundario a la esencia de la evolución sexual. En cambio, el paso de lo femenino a lo masculino es un paso, erizado, trascendental y, por ello, frecuentemente difícil. Representa el tránsito de lo plástico e indiferenciado a lo definitivo y terminal. Su línea de separación es, pues, una barrera honda y natural, como los accidentes geográficos —una cordillera o un mar— que hienden el mapa y separan, topográfica y étnicamente, a dos pueblos vecinos. El tránsito femenino-masculino es, por ello, una crisis difícil, a veces dolorosa y peligrosa. Y lo prueba el que, así como la "transformación adolescente-femenina" se hace en virtud de la inercia del propio impulso evolutivo del ovario, que pasa insensiblemente de la fase impúber a la púber, la "transformación femenino-masculina" requiere la ayuda extraordinaria de otras influencias endocrinas, que empujen a la gonada en el trance dificultoso. Estas influencias extragonadales son las secreciones internas de la corteza suprarrenal y de la hipófisis (1). Ambas

glándulas segregan productos "virilógenos" o "protectores de la virilidad", a cuya intervención se debe el que el testículo del hombre trasponga la crisis puberal y se diferencie en el sentido viril; y el que el ovario de la mujer, cumplido su ciclo evolutivo, deje el paso libre a las influencias viriles del climaterio. Se comprende por lo dicho que las hormonas virilógenas suprarrenal e hipófisaria son mucho más abundantes y enérgicas en el sexo viril que en el femenino; diferencia, por lo tanto, tan fundamental como la misma diferencia de las dos gonadas, testículo y ovario. En resumen, el paso de la fase impúber a la feminidad es un tránsito por camino llano, que realiza la evolución genital con su propia energía; pero el tránsito de lo femenino a lo masculino, es un paso difícil, una cuesta cruda, que requiere un "encuarte" supletorio, representado por las secreciones cortico-suprarrenal e hipófisaria.

*He aquí la auténtica crisis: la pugna superativa femenino-masculina*, con el concurso afanoso de estas otras glándulas, verdaderas "gonadas accesorias". Y esto nos enseña que la verdadera crisis sexual de la mujer no es la pubertad, sino el climaterio; y que la crisis sexual del hombre es, tan sólo, la crisis puberal. Si con toda razón se llama al climaterio *edad crítica de la mujer*, es igualmente justo llamar, por consiguiente, a la pubertad, *la edad crítica del hombre*.

Se me dirá que al identificar así las crisis sexuales al trance de la *superación femenino-masculina*, me atengo, quizá, a una disposición psicológica frecuente en el hombre de ciencia, que es el afán de completar y armonizar los esquemas teóricos aun con algún detrimento de la realidad. Pero no es así. La realidad nos enseña que, cuando se interpreta con justeza, coincide, precisamente, con el esquema expuesto. En la mujer, en efecto, los llamados trastornos de la pubertad, tanto los orgánicos como los psíquicos, son siempre fenómenos resultantes de una disposición constitucional o de una enfermedad preexistentes, que se "revelan" pero no se crean por la pubertad misma. No son típicos de ella. Lo mismo podrían aparecer en cualesquier otra edad. *El fenómeno genuinamente puberal es la ambigüedad intersexual, y ésta hemos visto que es peculiar del sexo masculino*. Por ello, el médico podrá dar toda

(1) A los lectores no médicos, les recuerdo que las glándulas suprarrenales son dos órganos colocados en la parte superior del riñón. Constan de dos porciones: una medular, que ahora no nos interesa, y otra cortical, que elabora la secreción *virilógena* de que nos estamos ocupando. La hipófisis es otra glándula alojada en la base del cerebro, que vierte su secreción en parte en la sangre y en parte en el líquido cefalo-raquídeo, que baña y protege el cerebro y la medula.

la importancia que se quiera a la pubertad femenina; pero desde el punto de vista de su significado psicológico, pedagógico y social, es la pubertad masculina, y sólo ella, la que constituye una crisis trascendental para el porvenir del individuo, una verdadera "edad peligrosa". La "actitud psicosexual" del hombre futuro, el "condicionamiento definitivo" —o por lo menos difícilmente modificable— de su conducta erótica, el molde normal o anormal, en suma, de su sexualidad, se forja en estos años puberales.

En la edad del ocaso sexual, las cosas ocurren a la inversa. El hombre ya ha agotado todas sus posibilidades eróticas. Y, salvo casos anormales, el episodio involutivo no añade a su vida nada nuevo. El llamado *clímax viril*, casi puede afirmarse que no existe. Sus pretendidas manifestaciones son —cada día lo puedo decir con mayor seguridad— signos de estados patológicos previos, que, a lo sumo, "se revelan" a favor de la involución. Muchas veces se trata de una mera coincidencia cronológica. Fenómenos, en resumen, no típicos de la crisis; que en otra edad cualquiera podrían también aparecer. En la mujer no: en la mujer climáctica, la sexualidad adquiere una granazón súbita, que añade valores inéditos y enérgicos a su libido y a su erotismo primario. Puede decirse que hay mujeres, madres de muchos hijos, que es en esta última hora cuando realmente pierden la virginidad. Hay, pues, en el ocaso de la hembra una fenomenología somática, afectiva, erótica y psíquica que depende directamente de la crisis: un auténtico *clímax femenino*, en fin.

\*  
\* \*

El estudio de las intersexualidades críticas nos conduce, por último, a fijar, con nuevos e indiscutibles argumentos, la posición relativa de la feminidad y la masculinidad. Creo que fué Spencer el primero que sostuvo que la mujer era un organismo cuya evolución se había detenido cerca de la adolescencia, por la derivación de gran parte de su energía hacia la maternidad. Esta idea, sustentada principalmente sobre datos anatómicos y psicológicos, adquiere una confirmación plena al demostrarse ahora que, aun cuando cada individuo tenga un sexo predeterminado desde el instante de su génesis, este sexo evoluciona juntamente con el

sexo contrario, y siempre guardando el orden que he expuesto, es decir, siguiendo la feminidad a lo impúber, y la virilidad a la feminidad. Si en la mujer se diferencia mucho la aptitud maternal, la fase viriloide final se retrasa y desvanece. Si la maternidad es muy tenue, la fase femenina parece que apresura su evolución, dirigiéndose en línea recta y breve hacia una virilidad terminal. Y al hablar de maternidad en este sentido evolutivo, no me refiero tanto a la multiparidad propiamente dicha, como a la energía del instinto: porque se puede ser materialmente madre con un instinto maternal nulo, y se puede ser profundamente, entrañablemente, madre, sin haber concebido jamás, como ocurre a tantas mujeres de "maternidad virginal o de virginidad maternal", como ha dicho Unamuno.

*Los dos sexos no se oponen, por lo tanto, sino que, sencillamente, se suceden.* Y esto nos ayuda a comprender la esencia de cada sexualidad. La mujer tiene siempre su raíz directamente hundida en la zona indiferenciada de la adolescencia. Uno de sus componentes, el básico, es esta infantilidad, que equivale a decir fragilidad, inferioridad, pasividad del instinto, facilidad para ser seducida. Sobre este sustentáculo emerge un componente dinámico, que es la aspiración a la virilidad, ya directa, en la mujer no madre, ya retrasada y debilitada por el rodeo de la maternidad. La forma social de esta aspiración a la virilidad es el deseo y aptitud para la actuación, fuera del hogar, de muchas mujeres, y el sentido del movimiento feminista de nuestro tiempo.

En el hombre, el sexo es un episodio terminal. Superada la leve feminidad puberal, su evolución no es ya aspiración a nada ulterior, sino perfeccionamiento de su propia virilidad. Acaso el ansia de la inmortalidad en los hombres geniales y el ansia de la perduración en el fruto de su trabajo en los hombres de tipo medio pero de lograda virilidad, sea un signo de rebelión ante este tope biológico y una desviación hacia la historia, fuera de los límites orgánicos, de la continuidad de la propia evolución.

Por esta situación sucesiva de los dos sexos comprendemos también el diferente mecanismo de la perturbación fundamental de la conducta psicosexual —la inversión— y, en general, de

todos los estados intersexuales en la mujer o en el hombre. En la mujer, la inversión, la virilización, *es un fenómeno superativo* en cierto modo progresivo. En el hombre la inversión *es un fenómeno regresivo*. Al hombre le basta *que su virilidad se debilite* para acercarse a la mujer. Para que la mujer se acerque al hombre es precisa una influencia compleja *de superación de la feminidad*.

Cuando nosotros preconizamos, como la clave del progreso de la vida sexual, la diferenciación de cada sexo—la virilización del hombre, la feminización de la mujer—, es evidente que proponemos a ésta una solución reaccionaria, puesto que fomentar la feminidad es

poner un freno a su evolución; así como fomentar la virilidad del hombre es acelerar su progreso biológico. Pero es que la grandeza de la mujer está precisamente en mantenerse en esa actitud intermedia, fuente de perenne juventud, troquel de los hijos materiales y arcano donde se engendran todas las direcciones de la vida futura de los pueblos. El progreso cronológico—parece inocente decirlo—no es siempre progreso funcional. Por ello el sentido biológico, integral del feminismo—no el social, que es casi siempre respetable—me parece tan absurdo como lo sería el empeño de un escultor en convertirse en su propia estatua.

G. MARAÑÓN



*En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.*

### **La rebelión de la moderna juventud,** por B. Lindsey y W. Evans.

La Editorial Aguilar ha prestado un señalado servicio a la evolución ideológica de la Humanidad, dando a la publicidad esta notable obra del juez Lindsey. Es fruto del estudio de veinticinco años de experimentación. Lindsey es juez del Tribunal de menores y de familia de la ciudad de Denver (Colorado), en los Estados Unidos. Su preocupación por el modo de pensar y sentir de los jóvenes le han hecho mirar con cariño la juventud, y confiar en la fuerza evolutiva que su vitalidad encierra. El espíritu de la juventud choca abiertamente con las ideas rancias y rutinarias de los mayores, y quiere saltar por encima de las barreras y convenciones sociales que se oponen a la plenitud de su vida. El aumento creciente de lo que se da en llamar delincuencia crece de un modo progresivo entre los jóvenes. Y esto demuestra, para el juez Lindsey, como para quien piense con la imparcialidad que él lo hace, que las leyes y normas morales son las fracasadas. Y que, como es más difícil y expuesto cambiar el

modo de ser de la juventud que la rigidez de la ley o de la moral, deben ser estas últimas las que deben modificarse en bien del derecho a la felicidad de nuestros jóvenes.

Entusiasma saber que desde campos tan distintos, y de un modo tan racional, se llega a la confirmación de nuestros puntos de vista. Lo artificioso y engañoso de la moral y el derecho hoy reinantes. La incesante evolución que se opera en la mente. El empuje que en sí llevan las nuevas generaciones, ávidas e impacientes de libertad y progreso. La necesidad de dar cauce a las aspiraciones humanas. Nuestro deber en servir de puentes y vías de paso a las generaciones venideras. La urgente solución que reclama el problema sexual: modificación del matrimonio, control de natalidad, eugenismo. Necesidad de reconocer, como una realidad digna de respeto, la personalidad del niño, que exige el derecho a buscar por sí misma su sendero. Estos y otros muchos puntos, que encuentran acogida y sabio trato en el libro, hacen a éste digno de ser leído por todo lector curioso, y aun más por todo hombre de ideas.

El autor concede al automóvil un gran papel en la evolución de nuestra juventud, así como al cine, a la moda y a la competición de la mujer en la vida social. Llama a nuestro tiempo, era de la velocidad, ya que esta impaciencia por llegar y este afán de ir deprisa es lo que distingue a nuestras juventudes.

El libro es bastante extenso y enjundioso para concretarlo en unas líneas de resumen. Prefiero limitarme a transcribir algunos párrafos que no he podido menos de subrayar:

"Lo que constantemente observo, así en mi trato con los jóvenes como con los adultos, es el hecho de que en este país está arraigando y extendiéndose la convicción de que el amor *sin* matrimonio puede ser una cosa moral y casta, inofensiva, así para la sociedad como para las dos personas interesadas; antes beneficiosa y favorable para granjearse la felicidad." (Página 169.)

He aquí este consejo a los padres:

"No consintáis que la palmeta que os desfiguró a vosotros los desfigure a ellos también. No se les debe pegar ni con esa palmeta ni con ninguna otra. Mentalmente, salvo en experiencia y conocimientos prácticos, son nuestros iguales; y en lo espiritual suelen resultar con frecuencia superiores a nosotros, particularmente en honradez. Así que tratad con respeto su alma; instruidlos, y dejadles que ordenen ellos mismos su vida. Estos chicos de hoy de- sean asumir la responsabilidad de tal paso con un idealismo más generoso que el que se advierte en las vidas de la mayoría de las personas mayores." (Página 30.)

"Lo más odioso—dice en el capítulo "La evolución del Código matrimonial"—y destructor de esta muchedumbre de tabus y esta diversidad de censuras de los más nimios por menores de la conducta, es que libra al individuo de toda efectiva responsabilidad por sus actos. El individuo deja ya de elegir entre las cosas. Y también se libran de su responsabilidad la iglesia, la escuela y el hogar, con sólo decir un absolutorio *no hagas eso*, ante cualquier acto de la vida capaz de inducir a abuso o a un mal uso. Es como atarle las manos a un hombre y esperar luego de él bravura. Es como maniatar a la humanidad entera." (Página 158.)

Del mismo capítulo es este otro:

"... otras innovaciones que pueden venir

con el tiempo, aunque en la actualidad chocan abiertamente con lo que la sociedad sanciona. Una de esas cosas es el derecho de las mujeres solteras a concebir, dar a luz y criar hijos fuera del matrimonio, si tal es su deseo. Otro, el derecho al matrimonio de prueba, que equivocadamente consideran todavía algunas personas como la misma cosa que la promiscuidad, y, por lo tanto, equivalente al amor libre, en tanto otras lo creen práctico y deseable."

"Los peligros que consigo llevan tales innovaciones son evidentes, y yo he de intentar quitarles importancia. El instinto sexual es el más violento de todos aquellos acerca de los cuales sabe algo la especie humana. Si se le encauza mal, resulta más destructor para la sociedad que ningún otro."

"El hombre se inclina probablemente al mal, por una perversa preferencia, cuando se encuentra bajo el influjo de restricciones que le vienen de fuera; pero que muestra una preferencia normal a conducirse bien, siempre que se le deja una discreta libertad de elección. Y sostengo que esto es tan cierto respecto al sexo como en lo tocante a cualquier otra actividad."

Las siguientes líneas encierran todo un programa:

"No estamos llamados, por ejemplo, a decir específicamente lo que haya de ser el estado futuro del matrimonio, ni la fórmula del control de natalidad, ni lo que sea una *conducta relajada*, ni cuál sea la adecuada largura de una falda femenina, ni si el pelo de la mujer constituye su gloria, ni si *diantre* es un juramento, ni el abstenerse del *golf* los domingos es un modo de guardar los sábados, ni cuál es la línea divisoria entre el baile moral y el inmoral, ni en qué respectos están obligados los individuos, desde el punto de vista de la moralidad, a dejarse ir cuesta abajo espontánea y mecánicamente, seguidos de mayorías rutinarias e ininteligentes."

"Y todo lo que se necesita es que, mediante un sistema adecuado de educación, inculquemos, en los corazones de nuestros niños, que tienen el solemne deber de ser buenos y productores ciudadanos del mundo; que fijemos en su mente la idea, la fe, de que su deseo normal es ser así; que hagamos posible, por la

buena voluntad y el idealismo espontáneo, que los jóvenes se críen sin trabas, de igual modo que medran las plantas del campo; que los libremos del miedo y de la aceptación de ideas de segunda mano, estandarizadas, ajustadas a patrón, como de una peste; que los proveamos de un fondo de conocimientos esenciales; que no rechace ningún hecho, fundándose en la razón de que hay cosas que no se debe conocer o discutir, y, finalmente, que les enseñemos el arte de la vida y les permitamos la práctica de una filosofía del esfuerzo, que los mantenga vueltos de cara, pero sin temor, hacia los lejanos horizontes a que aspiren."

Por la sabrosa ironía que encierra, transcribimos estas otras líneas:

"Otra mejora en nuestro sistema actual de administrar justicia, consistiría en hacer una lotería todos los años, en la cual tomasen parte todos los ciudadanos de este libre país, para determinar, por la suerte, quiénes debían ir a la cárcel y quiénes no. De aquí resultaría una justicia mucho más equitativa que la que tenemos ahora, y además facilitaría a cada ciudadano la posibilidad de verse castigado y redimido de ser un miserable pecador."

Seguir citando frases jugosas, observaciones atinadas, críticas descarnadas y sinceras, y verdades como puños, me llevaría a copiar la mayor parte del libro. Con lo transcrito, bastará para que se comprenda el interés, lleno de comprensión humana, que el libro encierra.

I. P.

**Emiliano Zapata**, por Germán List Arzubide.—En esta exaltación de la noble figura del caudillo de los indios mejicanos, asesinado alevosamente por los secuaces de Carranza, Arzubide nos presenta a Zapata y la epopeya de su vida, con una fidelidad merecedora de todo encomio. Más meritoria todavía es esta obra por la serie de leyendas calumniosas que han circulado acerca de este héroe, en las cuales se pretendió siempre presentarle como un capitán de bandidos sediento de botín y de sangre. List Arzubide deshace esas leyendas presentándonos al caudillo tal como fué: un alma generosa y bien templada que se lanzó a la brega, en la cual perdió la vida, inspirado en la idea de conquistar la tierra para el que la trabaja y fecunda.

La figura del esforzado campeón de los esclavos de la gleba, así como su vida ejemplar de guerrillero y hombre bueno, está trazada de mano maestra y con un estilo viril, conciso y claro.

**La vida como objetivo**, por J. Krishnamurti.—"Avanzar con la determinación fija en nuestra mente de descubrir lo eterno más allá de las sombras del presente, tal es el objetivo de la vida." En esta frase está condensado todo el contenido filosófico de esta obra. El sentido elevado del libro no desmerece de los que ya conocemos del mismo autor, y su estilo es, como siempre, diáfano, sencillo y sumamente bello.

**Paldoterapia**.—Revista de pediatría, puericultura, eugénica e higiene escolar.

Es una excelente publicación, muy bien editada y con un inmejorable cuadro de redacción y colaboración, que abarca todas las ramas de la medicina oficial. Aparece en Barcelona y el precio del ejemplar son 4 pesetas.

**A los pies del maestro**, por J. Krishnamurti.—En este volumen, el apóstol hindú transcribe las lecciones recibidas de su Maestro y las ofrece a los que deseen pisar el sendero.

Decir que el libro está lleno de atisbos ciertos es decir poco, y decir más es repetir lo que ya hemos dicho de libros anteriores del mismo autor. Diremos, pues, a modo de noticia, que *A los pies del maestro* es un tratadito de moral elevada, en el que el lector hallará un conjunto de máximas sencillas y claras, de un valor educativo indudable.

**La senda**.—Revista ideológica, literaria, informativa y comercial,

Se publica en Lima y tanto por su presentación como por su contenido, da fe del buen gusto y capacidad de sus editores.

**La pluma**.—Revista mensual de Ciencias, Artes y Letras. Roque Graseras, 662, Montevideo.

Seguramente es esta revista una de las más selectas y completas de entre las que se publican de su misma índole. Sus ilustraciones, reproducciones hábilmente seleccionadas de obras de arte, sus dibujos y fotografías, tanto como su inmejorable colaboración, dan fe del

alto concepto que merece a sus editores la cultura y las bellas artes en general.

**La Novela Blanca.**—El mejor elogio que puede hacerse de esta publicación que edita en Barcelona la Editorial Cooperativa Obrera, es dar los nombres de algunos de los autores de los números publicados, entre los que se cuentan Panait Istrati, Rosario de Acuña, Barriobero y Rosny. Cada número lleva una magnífica portada de *Sfum* y se vende el ejemplar a 15 céntimos.

**Granada gráfica.**—Revista ilustrada. Es digna de todo encomio la labor que viene realizando esta revista, notable por más de un concepto, muy bien redactada y con una información gráfica muy nutrida y selecta. Se publica en Granada y el precio del ejemplar es de una peseta.

**Juventud.**—Revista ilustrada de crítica social y extensión universitaria. La Mar, 30. Huarás.—Perú.

**Sarmiento.**—Revista quincenal pedagógica, literaria y de actualidades.

El propósito más señalado de esta publicación, es velar por el progreso de la enseñanza pública, sin descuidar otros motivos de la cultura en general, y es preciso convenir que llena cumplidamente su contenido. Por lo selecto de su colaboración, tanto como por la noble idea que la inspira, esta revista cuenta con un crédito que aumenta cada día. Aparece en Rosario de Santa Fe.

**Rejas adentro,** *Novela de la cárcel, por Ramón Magre.* (Portada a tres tintas de Ramón Chavarría.)—Una seria novela de crítica social, de fuerte raigambre filosófica, amenizada por una tierna historia de amor entre dos seres superiores. No se trata de una obra anodina para distraer el ocio. Es un estudio psicológico de unos cuantos seres acorralados por la desgracia. Es la plasmación de las alegrías, angustias y zozobras de los presos, recogida por el autor en la larga convivencia entre ellos. Toda la miseria de la vida carcelaria, ahondada por un observador sincero, desfila por sus páginas, siempre con una emoción e interés creciente. Es una obra recomendable para todos, porque llega al corazón y al cerebro, penetra nuestra conciencia, despertándonos la piedad augusta

por las desdichas de nuestros semejantes, y por la alta moral de las ideas que expone.

Tiene, en fin, un gran valor pasional, emotivo y filosófico-social. Toda la narración está explicada con una prosa llana, sin tapujos ni petulancias, con la claridad cautivadora a que nos tiene acostumbrados Ramón Magre, consagrándole entre los mejores por su modestia.

Forma un voluminoso tomo de más de 200 páginas, y se vende al precio de 2 pesetas ejemplar.

Pedidos a ESTUDIOS, Apartado 158, Valencia.

**El estómago y la salud,** *por el doctor Bjancaj.*

Esta obra merece todos los plácemes que su noble intento al publicarla inspiró a su autor. Con estilo sencillo y ameno, el doctor Bjancaj expone en su obra todos los conocimientos y enseñanzas indispensables para la conservación de la salud, lo que es nuestro tubo digestivo, cómo se evitan sus desarreglos, cómo se curan sin necesidad de recurrir al médico, y otras reglas de higiene de la alimentación, que hacen esta obra absolutamente indispensable.

Precio, tres pesetas.

Pedidos a esta Administración.

---

## Tarjetas Postales de "Estudios"

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:  
SERIE I.—Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.

SERIE II.—Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.

SERIE III.—Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.

SERIE IV.—Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Gantvet y Clapérede.

SERIE V.—Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.

SERIE VI.—Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Placane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Estéban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.

Sin interrupción seguirán nuevas series, hasta completar y reunir en esta colección, que no dudamos en afirmar será la más valiosa y selecta de las conocidas hasta ahora, todos los grandes hombres que con su genio dieron impulso al progreso del mundo.

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

Pídanse a esta Administración, anticipando el importe por giro postal o en sellos.

SELECCIÓN LITERARIA

**La Novela Mensual de ESTUDIOS****CUENTO FUTURO****Por Leopoldo Alas (Clarín)**

I

La Humanidad de la Tierra se había cansado de dar vueltas mil y mil veces alrededor de las mismas ideas, de las mismas costumbres, de los mismos dolores y de los mismos placeres. Hasta se había cansado de dar vueltas alrededor del mismo sol. Este cansancio último lo había descubierto un poeta lírico del género de los desesperados, que, no sabiendo ya qué inventar, inventó eso: el *cansancio del Sol*. El tal poeta era francés, como no podía menos, y decía en el prólogo de su libro, titulado *Helipfobe*: "C'est bête de tourner toujours comme c'à. A quoi bon cette sottise éternelle?... Le Soleil, ce bourgeois, m'embête avec ses platitudes..."<sup>a</sup>, etc., etc.

El traductor español de este libro decía: "*Es bestia* esto de dar siempre vueltas así. ¿A qué bueno esta tontería eterna? El Sol, ese burgués, me *embiste* con sus *platitudes* enojosas. El cree hacernos un gran favor quedándose ahí plantado, sirviendo de fogón en esta gran cocina económica que se llama el sistema planetario. Los planetas son los pucheros puestos a la lumbre, y el himno de los astros que Pitágoras creía oír, no es más que el *grillo del hogar*, el prosaico chisporroteo del carbón y el bullir del agua de la caldera... ¡Basta de olla podrida! Apaguemos el Sol, aventemos las cenizas del hogar. El gran hastío de la luz meridiana ha inspirado este *pequeño libro*. ¡Que él es sincero! ¡Que él es la expresión fiel de un orgullo noble que desprecia favores que no ha solicitado, halagos de los rayos lumínicos, que le parecen cadenas insoportables!

*El tendrá bello* el Sol obstinándose en ser benéfico: al fin es un tirano; la emancipación de la Humanidad no será completa hasta el día que desatemos este yugo y dejemos de ser satélites de ese reyezuelo miserable del día, vanidoso y fanfarrón, que, después de todo, no es más que un esclavo que sigue la carrera triunfal de un señor invisible."

El prólogo seguía diciendo disparates que no hay tiempo para copiar aquí, y el traductor seguía soltando galicismos.

Ello fué que el libro *hizo furor*, sobre todo en el África Central y en el Ecuador, donde todos aseguraban que el sol ya los tenía fritos.

Se vendieron ochocientos millones de ejemplares franceses y trescientos ejemplares de la traducción española; verdad es que éstos no en la Península, sino en América, donde continuaban los libreros haciendo su agosto, sin necesidad de entenderse con la antiquísima metrópoli.

Después del poeta vinieron los filósofos y los políticos, sosteniendo lo que ya se llamaba universalmente la *Heliofobia*.

La ciencia discutió en Academias, Congresos, y *sección de variedades*, en los periódicos: 1.º Si la vida sería posible separando la Tierra del Sol y dejándola correr libre por el vacío hasta engancharse con otro sistema; 2.º Si habría medio, dado lo mucho que las ciencias físicas habían adelantado, de romper el yugo de Febo y dejarse caer en lo infinito.

Los sabios dijeron que sí y que no y que qué sabían ellos respecto de ambas cuestiones.

Algunos especialistas prometieron romper la fuerza centrípeta como quien corta un pelo; pero pedían una subvención, y la mayor parte de los Gobiernos seguían con el agua al cuello y no estaban para subvencionar estas cosas. En España, donde también había Gobierno y especialistas, se redujo a prisión a varios arbitristas que ofrecieron romper toda relación solar en un dos por tres.

Las oposiciones, que eran tantas como cabezas de familia había en la nación, pusieron el grito en el cielo: dijeron los Perezistas y los Alvarezistas y los Gomezistas, etc., etc., que era preciso derribar aquel Gobierno opresor de la ciencia, etc.

Los obispos, contra los cuales hasta la fecha no habían prevalecido las puertas del infierno, ensalzaban a todos los sabios e ignorantes que se declaraban *heliófilos*.

“Bueno estaba que se acabase el mundo, que poco valía; pero debía acabarse como en el texto sagrado se tenía dicho que había de acabar, y no por enfriamiento, como sería seguro que concluiría si en efecto nos alejábamos del Sol...”

Una revista científica y retrógrada que se llamaba *La Harmonía* recordaba a los *helióforos* una porción de textos bíblicos, amenazándolos con el fin del mundo.

Decía el articulista:

“¡Ah miserables! ¡Queréis que la Tierra se separe del Sol, huya del día, para convertirse en la *estrella errática*, a la cual está reservada eternamente la oscuridad y las tinieblas, como dice San Judas Apóstol en su *Epístola Universal*, v. 13! Queréis lo que ya está anunciado, queréis la muerte; pero oíd la palabra de verdad:

“Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte, y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos (*Apocalipsis*, cap. IX, v. 6). Porque vuestro tormento es como tormento de escorpión; vuestro mortal hastío, vuestro odio de la luz, vuestro afán de tinieblas, vuestro cansancio de pensar y sentir, es tormento de escorpión; y queréis la muerte por huír de las *lan-gostas de cola metálica con agujones y con cabello de mujer*, por huír de las huestes de Abad-dón. En vano, en vano buscáis la muerte del mundo antes de que llegue su hora, y por otros caminos de los que están anunciados. Vendrá la muerte, sí, y bien pronto; se acabará el tiempo, como está escrito; los cuatro ángeles vendrán en su día para matar la tercera parte de los hombres. Pero no habéis de ser vosotros, mortales, quien dé las señales del exterminio. ¡Ah, teméis al Sol! Sí, teméis que de él descienda el castigo; teméis que el Sol sea la copa de fuego que ha de derramar el ángel sobre la tierra; teméis quemaros con el calor, y morís blasfemando y sin arrepentiros, como está anunciado (*Apocalipsis*, 16-9). En vano, en vano queréis huír del Sol, porque está escrito que esta miserable Babilonia será quemada con fuego (*Ibid.*, 18-8).

Los sabios y los filósofos nada dijeron a *La Harmonía*, que no leían siquiera. Los periódicos satíricos con caricaturas fueron los que se encargaron de contestar al periodista *babilónico*, como le llamaron ellos, poniéndole como ropa de pascua, y en caricaturas de colores.

Un sabio muy acreditado, que acababa de descubrir el *bacillus del hambre* y libraba a la Humanidad doliente con inoculaciones de *caldo gordo*; sabio aclamado por el mundo entero y que ya tenía en todos los continentes más estatuas que pelos en la cabeza, el doctor Judas Adambis, natural de Mozambique, emporio de las ciencias a la sazón, Atenas moderna, Judas Adambis tomó cartas en el asunto y escribió una *Epístola Universal*, cuya primera edición vendió por una porción de millones.

Un periódico popular de la época, conservador todavía, daba cuenta de la carta del doctor Adambis, copiando los párrafos culminantes.

El periódico, que era español, decía:

“Sentimos no poder publicar íntegra esta interesantísima epístola, que está llamando la atención de todo el mundo civilizado, desde la Patagonia a la Mancha y desde el *fielado hasta el ardiente polo*; pero no podemos concederle más espacio, porque hoy es día de toros y de lotería y no hemos de prescindir ni de la lista grande ni de la corrida, la cual no pasó de mediana, entre paréntesis.”

Dice así el doctor Judas Adambis:

"... Yo creo que la Humanidad de la Tierra debe, en efecto, romper las cadenas que la sujetan a este sistema planetario, miserable y mezquino para los vuelos de la ambición del hombre. La solución que el poeta francés nos propuso es magnífica, sublime...; pero no es más que poesía. Hablemos claro, señores. ¿Qué es lo que se desea? Romper un yugo ominoso, como dicen los políticos avanzados de la cáscara amarga. ¿Es que no puede llamarse la Tierra libre e independiente, mientras viva sujeta a la cadena impalpable que la ata al Sol y la Luna, dé vueltas alrededor del astro tiránico, como el mono que montado en un perro y con el cordel al cuello describe circunferencias alrededor de su dueño haraposo? ¡Ah, no, señores! No es esto. Aquí hay algo más que esto. No negaré yo que esta dependencia del Sol nos humilla; sí, nuestro orgullo padece con semejante sujeción. Pero eso es lo de menos. Lo que quiere la Humanidad es algo más que librarse del Sol... Es librarse de la vida.

"Lo que causa hastío insoportable a la Humanidad, no es tanto que el Sol esté plantado en medio del corro, haciéndonos dar vueltas a la pista con sus latigazos de fuego, que una antigüedad remota llamó las flechas de Apolo, como las vueltas mismas; esto, esto es lo tedioso: este volteo por lo infinito. Hubo un tiempo, los sabios pueden decirlo, feliz para el mundo: fué el tiempo en que se creyó en el progreso indefinido.

"La ignorancia de tales épocas hacía creer a los pensadores que los adelantos que podían notar en la vida humana, refiriéndose a los ciclos históricos a que su escasa ciencia les permitía remontarse, eran buena prueba de que el progreso era constante. Hoy nuestro conocimiento de la historia del planeta no nos consiente formarnos semejantes ilusiones; los cientos de siglos que antiguamente se atribuían a la vida humana como hipótesis atrevida, hoy son perfectamente conocidos, con todos los pormenores de su historia; hoy sabemos que el hombre vuelve a las andadas, que nuestra descendencia está condenada a ser salvaje y sus descendientes remotos a ser, como nosotros, hombres aburridos de puro civilizados. Este es el volteo insoportable, aquí está la broma pesada, lo que nos iguala al mísero histrión del circo ecuestre... No se trata de una de tantas filosofías pesimistas, *charlatanas* y cobardes que han apestado al mundo. No se trata de una teoría, se trata de un hecho viril: del suicidio universal. La ciencia y las relaciones internacionales permiten hoy llevar a cabo tal intento. El que suscribe sabe cómo puede realizarse el suicidio de todos los habitantes del globo en un mismo segundo. ¿Lo acepta la Humanidad?"

## II

La idea de Judas Adambis era el secreto deseo de la mayor parte de los humanos. Tanto se había progresado en psicología, que no había un mal zapatero de viejo que no fuera un Schopenhauer perfeccionado. Ya todos los hombres, o casi todos, eran almas superiores aparte, *d'élite*, *dillettanti*, como ahora pueden serlo Ernesto Renán o Ernesto García Ladevese. En siglos remotos, algunos literatos parisienses habían convenido en que ellos, unos diez o doce, eran los únicos que tenían dos dedos de frente, los únicos que sabían que la vida era una bancarrota, *un aborto*, etcétera, etc. Pues bueno; en tiempos de Adambis la inmensa mayoría de la Humanidad estaba al cabo de la calle; casi todos estaban convencidos de eso, de que esto debía dar un estallido. Pero ¿cómo estallar? Esta era la cuestión.

El doctor Adambis, no sólo había encontrado la fórmula de la aspiración universal, sino que prometía facilitar el medio de poner en práctica su grandiosa idea. El suicidio individual no resolvía nada; los suicidios menudeaban, pero los partos felices mucho más. Crecía la población que era un gusto, y por ahí no se iba a ninguna parte.

El suicidio en grandes masas se había ensayado varias veces; pero no bastaba. Además, las sociedades de suicidas o *voluntarios de la muerte*, que se habían creado en diferentes épocas, daban pésimos resultados; siempre salíamos con que los accionistas los y comanditarios de buena

fe pagaban el pato, y los gestores sobrevivían y quedaban gastándose los fondos de la sociedad. El caso era encontrar un medio para realizar el suicidio universal.

Los Gobiernos de todos los países se entendieron con Judas Adambis, el cual dijo que lo primero que necesitaba era un gran empréstito, y además la seguridad de que todas las naciones aceptaban su proyecto, pues sin esto no revelaría su secreto ni comenzarían los trabajos preparatorios de tan gran empresa.

Aunque ya no había Inglaterra hacía mucho tiempo, pues se la había tragado el mar siglos atrás, no faltaban políticos anglomanos, y hubo quien sacó a relucir el *habeas corpus* como argumento en contra. Otros, no menos atrasados, hablaron de la *representación de las minorías*. Ello era que no todos, absolutamente todos, los hombres aceptaban la muerte voluntaria.

El Papa, que vivía en Roma, ni más ni menos que San Pedro, dijo que ni él ni los Reyes podían estar conformes con lo del suicidio universal; que así no se podían cumplir las profecías. Un poeta muy leído por el bello sexo aseguró que el mundo era excelente y que, por lo menos, mientras el poeta viviese y cantase, el querer morir era prueba de muy mal gusto.

Triunfó, a pesar de estas protestas y de las corruptelas de algunos políticos atrasados, la genuína interpretación de la *soberanía nacional*. Se puso a votación en todas las Asambleas legislativas del mundo el suicidio universal, y en todas ellas fué aprobado por gran mayoría.

Pero ¿qué se hizo con las minorías? Un escritor de la época dijo que era imposible que el suicidio universal se realizase desde el momento que existía una minoría que se oponía a ello. "No será suicidio, será asesinato, por lo que toca a esa minoría."

"¡Sofisma! ¡Sofisma! ¡Metafísica! ¡Retórica!—gritaron las mayorías, furiosas—. "Las minorías—advirtió el doctor Adambis en otro folleto, cuya propiedad vendió en cien millones de pesetas—, las minorías *no se suicidarán*, es verdad, *¡pero las suicidaremos!*" Absurdo, se dirá. No, no es absurdo. Las minorías no se suicidarán en cuanto individuos, o *per se*; pero como de lo que se trata es del suicidio de la Humanidad, que en cuanto colectividad es persona jurídica, y la persona jurídica, ya desde el derecho romano, manifiesta su voluntad por la votación en mayoría absoluta, resulta que la minoría, en cuanto parte de la Humanidad, también se suicidará, *per accidens*."

Así se acordó. En una Asamblea universal, para elegir cuyos miembros hubo terribles disturbios, palos, pedradas, tiros (de modo y manera que por poco se acaba la gente sin necesidad del suicidio); digo que en una Asamblea universal se votó definitivamente el fin del mundo por lo que tocaba a los hombres, y se dieron plenos poderes al doctor Adambis para que cortara y rajara a su antojo.

El empréstito se había cubierto una vez y cuartillo (menos que el de Panamá), porque la Humanidad de entonces, como la de ahora, se prestaba a entusiasmarse, a suicidarse; se prestaba a todo menos a prestar dinero.

Con auxilio de los Gobiernos pudo Adambis llevar a cabo su obra magna, que por medio de aplicaciones mecánicas de condiciones químicas hoy desconocidas puso a todos los hombres de la Tierra en contacto con la muerte.

Se trataba de no sé qué diablo de fuerza recientemente descubierta que, mediante conductores de no se sabe ahora qué género, convertía el globo en una gran red que encerraba en sus mallas mortíferas a todos los hombres, *velis nolis*. Había la seguridad de que ni uno solo podría escaparse del estallido universal. Adambis recordó al público en otro folleto, al revelar su invención, que ya un sabio antiquísimo, que se llamaba no estaba seguro si Renán o Fustigueras, había soñado con un poder que pusiera en manos de los sabios el destino de la Humanidad, merced a una fuerza destructora descubierta por la ciencia. Aquel sueño de Fustigueras iba a realizarse; él, Adambis, dictador del exterminio, gracias al gran plebiscito que le había hecho verdugo del mundo, tirano de la agonía, iba a destruir a todos los hombres, a hacerlos reventar en un solo segundo, sin más que colocar un dedo sobre un botón.

Sin hacer caso de los gritos y protestas de la minoría, se dispuso en todos los países civilizados, que eran todos los del mundo, cuanto era necesario para la última hora de la

Humanidad doliente. El ceremonial del tremendo trance costó muchas discusiones y disgustos y por poco fracasa el gran proyecto por culpa de la etiqueta. ¿En qué traje, en qué postura, qué día y a qué hora debía estallar la Humanidad?

Se aprobó que el traje fuese el de etiqueta rigurosa entre las clases altas, y en las demás el traje nacional. Se desechó una proposición de suicidarse en el traje de Adán antes de las hojas de higuera. El que esto propuso se fundaba en que la Humanidad debía de terminar como había empezado; pero como lo de Adán no era cosa segura, no se aprobó la idea. Además, era indecorosa. En cuanto a la postura, cada cual podía adoptar la que creyese más digna y elegante. ¿Día? Se designó el primero de año, por aquello de que año nuevo, vida nueva. ¿Hora? Las doce del día, para que el Sol aborrecido presidiese y pudiera dar testimonio de la suprema resolución de los humanos.

El doctor Adambis pasó un atento besalamano a todos los habitantes del globo avisándoles la hora y demás circunstancias del lance. Decía así el documento:

"El doctor Judas Adambis

B. L. M.

al Sr. D.....

y tiene el gusto de anunciarle que el día de Año Nuevo, a las doce de la mañana, por el meridiano de tal, sentirá una gran conmoción en la espina dorsal, seguida de un tremendo estallido en el cerebro. No se asuste el Sr. D....., porque la muerte será instantánea, y puede tener el consuelo de que no quedará nadie para contarlo. Este estallido será el símbolo del supremo momento de la Humanidad. Conviene tener hecha la digestión del almuerzo para esa hora.

El doctor Judas Adambis aprovecha esta ocasión para ofrecer... ", etc., etc., etc.

Llegó el día de Año Nuevo, y a las once y media de la mañana el doctor Judas, acompañado de su digna y bella esposa, Evelina Apple, se presentó en el palacio en que residía la Comisión internacional organizadora del suicidio universal.

Vestía el doctor riguroso traje de luto, frac y corbata negra y gasa en el sombrero. Evelina Apple, rubia, alta, de anchas caderas y vientre arrogante, de negro también, escotada y con manga corta, daba el brazo a su digno esposo. La Comisión en masa, de frac y corbata negra también, salió a recibirlos al vestíbulo. Entraron en el salón del *Gran Aparato*, sentáronse los esposos en un trono, en sendos sillones; alrededor, los comisionados, y, en silencio todos, esperaron a que sonaran las doce en un gran reloj de cuco colocado detrás del trono. Delante de éste había una mesa pequeña, cuadrada, con tabla de marfil. En medio de ésta, un botón negro, sencillísimo, atraía las miradas de todos los presentes.

El reloj era una primorosa obra de arte.

Estaba fabricado con material de un extraño pedrusco que la ciencia actual permitía asegurar que era procedente del planeta Marte. No cabía duda: era el proyectil de un cañonazo que nos habían disparado desde allá, no se sabía si en son de guerra o por ponerse al habla. De todas suertes, la Tierra no había hecho caso, votado como estaba ya el suicidio de todos.

La bala o lo que fuera se aprovechó para hacer el reloj en que había de sonar la hora suprema. El cuco era un esqueleto de este pajarraco. Entonces se le dió cuerda. No daba las medias horas ni los cuartos. De modo que sonaría por primera y última vez a las doce.

Judas miró a Evelina con aire de triunfo a las doce menos un minuto. Entre los comisionados ya había cinco o seis muertos de miedo. Al comisionado español se le ocurrió que iba a perder la corrida del próximo domingo (los toros de invierno eran ya tan buenos como los de verano y viceversa) y se levantó diciendo... que él adoptaba el retraimiento y se retiraba. Adambis, sonriendo, le advirtió que era inútil, pues lo mismo estallaría su cerebro en la calle que en el puesto de honor. El español se sentó, dispuesto a morir como un valiente.

¡Plín! Con un estallido estridente se abrió la portezuela del reloj y apareció el esqueleto del cuco.

—¡Cucú, cucú!

Gritó hasta seis veces, con largos intervalos de silencio.

—¡Una, dos!

Iba contando el doctor.

Evelina Apple fué la que miró entonces a su marido, con gesto de angustia y algo desconfiada.

El doctor sonrió, y por debajo de la mesa que tenía delante dió a su mujer la mano. Evelina se asió a su marido como a un clavo ardiendo.

—¡Cucú, cucú!

—¡Tres!... ¡cuatro!

—¡Cucú, cucú!

—¡Cinco! ¡Seis!...

Adambis puso el dedo índice de la mano derecha sobre el botón negro.

Los comisionados internacionales que aun vivían cerraron los ojos por no ver lo que iba a pasar, y se dieron por muertos.

Sin embargo, el doctor no había oprimido el botón.

La yema del dedo, de color de pipa culotada, permanecía sin temblar, rozando ligeramente la superficie del botón frío de hierro.

—¡Cucú, cucú!

—¡Siete! ¡Ocho!

—¡Cucú, cucú!

—¡Nueve! ¡Diez!

### III

—¡Cucú!

—¡Once!—exclamó con voz solemne Adambis; y mientras el reloj repetía:

—¡Cucú!

En vez de decir: "¡Docel!", Judas calló y oprimió el botón negro.

Los comisionados permanecieron inmóviles en su respectivo asiento. El doctor y su esposa se miraron: pálido él y serio; ella, pálida también, pero sonriente.

—Te confieso—dijo Evelina—que al llegar el momento terrible temía que me jugaras una mala pasada.

Y apretó la mano de su marido, que tenía cogida por debajo de la mesa.

—¡Ya estamos solos en el mundo!—exclamó el doctor con voz de bajo profundo, ensimismado.

—¿Crees tú que no habrá quedado nadie más?...

—Absolutamente nadie.

Evelina se acercó a su marido. Aquella soledad del mundo le daba miedo.

—De modo que, por lo pronto, todos esos señores...

—Cadáveres. Ven, acércate.

—¡No, gracias!

El doctor descendió de su trono y se acercó a los bancos de los comisionados. Ninguno se había movido. Todos estaban perfectamente muertos.

—Los más de ellos dan señales de haber sucumbido antes de la descarga, de puro miedo. Lo mismo habrá pasado a muchos en el resto del mundo.

—¡Qué horror!—gritó Evelina, que se había asomado a un balcón, del que se retiró corriendo. Adambis miró a la calle, y en la gran plaza que rodeaba el palacio vió un espectáculo tremendo, con el que no había contado, y que era, sin embargo, naturalísimo.

La multitud, cerca de quinientos mil seres humanos, que llenaban el círculo grandioso de la plaza, formando una masa compacta, apretada, de carne, no era ya más que un inmenso montón

de cadáveres, casi todos en pie. Un millón de ojos abiertos, inmóviles, se fijaban con expresión de espanto en el balcón, cuyos balaustres oprimía el doctor con dedos crispados. Casi todas las bocas estaban abiertas también. Sólo habían caído a tierra los de las últimas filas, en las bocacalles; sobre éstos se inclinaban otros que habían penetrado algo más en aquel mar de hombres, y más adentro ya no había sino cadáveres tiesos, en pie, como cosidos unos a otros; muchos estaban todavía de puntillas, con las manos apoyadas en los hombros del que tenían delante. Ni un claro había en toda la plaza. Todo era una masa de carne muerta.

Balcones, ventanas, buhardillas y tejados estaban cuajados de cadáveres también, y en las ramas de algunos árboles y sobre los pedestales de las estatuas yacían pilluelos muertos, supinos, o de bruces, o colgados. El doctor sentía terribles remordimientos: "¡Había asesinado a toda la Humanidad!" Digase en su descargo: él había obrado de buena fe al proponer el suicidio universal.

¡Pero su mujer!... Evelina le tenía en un puño.

Era la hermosa rubia de la minoría en aquello del suicidio; no tanto por horror a la muerte como por llevarle la contraria a su marido.

Cuando vió que lo de morir todos iba de veras, tuvo una encerrona con su caro esposo; a la hora de acostarse, y en paños menores, con el pelo suelto, le puso las peras a cuarto; y unas veces llorando, otras riendo, ya altiva, ya humilde, ora sarcástica, ora patética, apuró los recursos de su influencia para obligar a su Judas, si no a volverse atrás de lo prometido, a cometer la felonía de hacer una excepción en aquella matanza.

—¿No tienes medio de salvarnos a ti y a mí?...

El doctor, aunque lo negó al principio, tuvo que confesar al fin que sí; que podían salvarse ellos, pero sólo ellos.

Evelina no tenía amantes; se conformó con salvarse sola, pues su marido no era nadie para ella.

Adambis, que era celoso, casi sin motivo, pues su mujer no pasaba nunca de ciertas coquesterías sin consecuencia, experimentó gran consuelo al pensar que se iba a quedar solo con Evelina en el mundo.

Merced a ciertos menjurjes, el doctor se aisló de la corriente mortífera; mas, para probar la fe de Evelina, no quiso untarla a ella con el salvador ingrediente y la obligó a confiar en su palabra de honor. Llegado el momento terrible, Adambis, mediante el simple contacto de las manos, comunicó a su esposa la virtud de librarse de la conmoción mortal que debía acabar con el género humano.

Evelina estaba satisfecha de su marido. Pero aquello de quedarse a solas en el mundo con él era muy aburrido.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? Imposible atravesar esa plaza; esa muralla de carne humana nos lo impedirá...

El doctor sonrió. Sacó del bolsillo del chaleco un pedacito de tela muy sutil, lo estiró entre los dedos, lo dobló varias veces y lo desdobló, como quien hace una pajarita de papel; resultó un poliedro regular; por un agujero que tenía la tela sopló varias veces, después de meterse una pastilla en la boca, y el poliedro fué hinchándose, se convirtió en esfera y llegó a tener un diámetro de dos metros: era un globo de bolsillo, mueble muy común en aquel tiempo.

—¡Ah!—dijo Evelina—, has sido previsor, te has traído el globo. Pues volemós, y vamos lejos; porque el espectáculo de tantos muertos, entre los que habrá muchos conocidos, no me divierte.

La pareja entró en el globo, que tenía por dentro todo lo necesario para la dirección del aparato y para la comodidad de dos o tres viajeros.

Y volaron.

Se remontaron mucho.

Huían, sin decirse nada, de la tierra en que habían nacido.

Sabía Adambis que dondequiera que posase el vuelo encontraría un cementerio. ¡Toda la Humanidad muerta, y por obra suya!

Evelina, en cuanto calculó que estarían ya lejos de su país, opinó que debían descender. Su repugnancia, que no llegaba a remordimiento, se limitaba al espectáculo de la muerte en tierra conocida... "Ver *cadáveres extranjeros* no la espantaría." Pero el doctor no sentía así. Después de su gran crimen (pues aquello había sido un crimen), ya sólo encontraba tolerable el aire; la tierra, no. Flotar entre nubes por el diáfano cielo azul..., menos mal; pero tocar en el suelo, ver el mundo sin hombres..., eso no; no se atrevía a tanto. "¡Todos muertos! ¡Qué horror!" Cuantas más horas pasaban, más aumentaba el miedo de Adambis a la tierra.

Evelina, asomada a una ventanilla del globo, iba ya distraída contemplando el *paisaje*. El fresco la animaba; un vientecillo sutil, que jugaba con los rizos de su frente, le hacía cosquillas. "No se estaba mal allí."

Pero de repente se acordó de algo. Volvióse al doctor y dijo:

—Chico, tengo hambre.

El doctor, sin decir palabra, tomó del bolsillo del frac una especie de petaca, y de ésta sacó un rollo que semejava un cigarro puro. Era una quinta esencia alimenticia, invención del doctor mismo. Con aquel *cigarro-comestible* se podía pasar perfectamente dos o tres días sin más alimento.

—No; quiero comer de veras. Vuestra comida química me apesta, ya lo sabes. Yo no como por susientar el cuerpo; como por comer, por gusto; el hambre que yo tengo no se quita con alimentarse, sino satisfaciendo el paladar; ya me entiendes, quiero comer bien. Descendamos a la Tierra; en cualquier parte encontraremos provisiones; todo el mundo es nuestro. Ahora se me antoja ir a comer el almuerzo o la cena que tuvieran preparados el Emperador y la Emperatriz de Patagonia; ¡ea, guía hacia la Patagonia; anda, y a escape, a toda máquina!...

Adambis, pálido de emoción, con voz temblorosa, a la que en vano procuraba dar tonos de energía, se atrevió a decir:

—Evelina, ya sabes... que siempre he sido esclavo voluntario de tus caprichos...; pero en esta ocasión... perdóname si no puedo complacerte. Primero me arrojaré de cabeza desde este globo, que descender a la Tierra... a robarle la comida a cualquiera de mis víctimas. Asesino fuí; pero no seré ladrón.

—¡Imbécil! Todo lo que hay en la Tierra es tuyo; tú serás el primer ocupante...

—Evelina, pide otra cosa. Yo no bajo.

—Y entonces... ¿nos vamos a morir aquí de hambre?

—Aquí tienes mis cigarros de alimento.

—Pero ¿y en concluyéndolos?

—Con un poco de agua y de aire y de dos o tres cuerpos simples, que yo buscaré en lo más alto de algunas montañas poco habitadas, tendré lo suficiente para componer sustancia de la que hay en estos extractos.

—Pero eso es muy soso.

—Pero basta para no morir.

—¿Y vamos a estar siempre en el aire?

—No sé hasta cuándo. Yo no bajo.

—¿De modo que yo no voy a ver el mundo entero? ¿No voy a apoderarme de todos los tesoros, de todos los museos, de todas las joyas, de todos los tronos de los grandes de la Tierra? ¿De modo que en vano soy la mujer del *Dictador in artículo mortis* de la Humanidad? ¿De modo que me has convertido en una pajarita... después de ofrecermelo el imperio del mundo?...

—Yo no bajo.

—Pero, ¿por qué? ¡Imbécil!

—Porque tengo miedo.

—¿A quién?

—A mi conciencia.

—¿Pero hay conciencia?

—Por lo visto.

—¿No estaba demostrado que la conciencia es una aprensión de la materia orgánica en cierto estado de desarrollo?

—Sí estaba.

—¿Y entonces...?

—Pero hay conciencia.

—¿Y qué te dice tu conciencia?

—Me habla de Dios.

—¡De Dios! ¿De qué Dios?

—¡Qué sé yo! De Dios.

—Estás *incapaz*, hijo. No hay quien te entienda. Expíciate. ¿No te burlabas tú de mí porque *predicaba*, porque iba a misa y me confesaba a veces? Yo era y soy católica, como casi todas las señoras del mundo habían llegado a serlo. Pero eso no me impedía reconocer que tú, como casi todos los hombres del mundo, tendrías tus razones para ser ateo y racionalista, y recordarás que nunca te armé ningún caramillo por motivos religiosos.

—Es cierto.

—Pero ahora, cuando menos falta hace, te vienes tú con la conciencia... y con Dios... Y a buena hora, cuando ya no hay quien te absuelva, porque las mujeres no podemos meternos en eso. Eres tonto, Judas, siempre lo he dicho, eres un sabio muy tonto.

—Pues yo no bajo.

—Pues yo no fumo. Yo no me alimento con esas porquerías que tú fabricas. Todo eso debe ser veneno a la larga. A lo menos, hombre, descendamos donde no haya gente..., en alguna región donde haya buena fruta..., espontánea, ¡qué sé yo!; tú, que lo sabes todo, sabrás dónde hay de eso.

—¿Te contentarías con eso..., con buena fruta?

—Por ahora..., sí, puede.

Adambis se quedó pensativo. El recordaba que entre los modernísimos comentaristas de la Biblia, tanto católicos como protestantes, se había tratado con gran erudición y copia de datos la cuestión geográficoteológica del lugar que ocuparía en la Tierra el Paraíso.

El, Adambis, que no creía en el Paraíso, había seguido la discusión por curiosidad de arqueólogo, y hasta había tomado partido, a reserva de pensar que el Paraíso no podía estar en ninguna parte porque no lo había habido. Pero era lo cierto que, hipotéticamente, suponiendo fidedignos los datos del *Génesis* y concordándolos con modernos descubrimientos hechos en Asia, resultaba que tenían razón los que colocaban el Jardín de Adán en tal paraje y no los que le ponían en tal otro sitio. La conclusión de Adambis era: que "si el Paraíso hubiera existido, sin duda hubiera estado donde decían los doctores A. y B. y no donde aseguraban los PP. X. y Z."

De esta famosa discusión y de sus opiniones acerca de ella, le hicieron acordarse las palabras de su mujer: "¡Si la Biblia tuviera razón! ¡Si todo eso hubiera sido verdad! ¿Quién sabe? Por si acaso, busquemos."

Y después de pensar así, dijo en voz alta:

—Ea, Evelina, voy a darte gusto. Voy a buscar eso que pides: una región no habitada que produce espontáneos frutos y frutas de lo más delicado.

Y seguía pensando el doctor: "Dado que el Paraíso exista y que yo dé con él, ¿será lo que fué?

"¿Seguirá Dios haciéndole producir tan sabrosos frutos? ¿No se habrá estropeado algo con las aguas del diluvio? Lo que es indudable, si la Biblia dice bien, es que allí no ha vuelto a poner su planta ser humano. Esos mismos sabios que han discutido dónde estaba el Paraíso no han tenido la ocurrencia de precisar el lugar, de ir allá, buscarlo, como yo voy a hacer."

"Ellos decían: debió de estar hacia tal parte, cerca de tal otra; pero no fueron a buscarle. Tal vez yo lo encuentre. Y bajando en globo, aunque los ángeles sigan a la puerta con espadas de fuego, no me impedirán la entrada.

"¡Oh, sí, busquemos el Paraíso! Paraíso para mí, porque será el único lugar de la tierra desierto; es decir, que no sea un cementerio; único lugar donde no encontraré el espectáculo horrendo de la Humanidad muerta e insepulta."

Abreviemos. Buscando, buscando desde el aire con un buen anteojo, comparando sus investigaciones con sus recuerdos de la famosa discusión teológicogeográfica, Adambis llegó a una región del Asia Central, donde, o mucho se engañaba o allí estaba lo que buscaba. Lo primero que sintió fué una satisfacción del amor propio... La teoría de los *suyos* era la cierta... El Paraíso existía y estaba allí donde él creía. Lo raro era que existiese el Paraíso.

El amor propio por este lado salía derrotado.

Y todavía quería defenderse gritándole a Judas en la cabeza:

—¡Mira, no sea que te equivoques! No sea eso una gran huerta de algún mandarín chino o de un bajá de siete colas...

El paisaje era delicioso; la frondosidad, como no la había visto jamás Adambis.

Cuando él dudaba así, de repente Evelina, que también observaba con unos anteojos de teatro, gritó:

—¡Ah, Judas, Judas!; por aquel prado se pasea un señor... muy alto, sí, parece alto..., de bata blanca..., con muchas barbas, blancas también...

—¡Cáscaras!—exclamó el doctor, que sintió un escalofrío mortal.

Y dirigiendo su catalejo hacia la parte a que apuntaba Evelina, dijo con voz de espanto:

—No hay duda.... es él. ¡El, mejor dicho!

—Pero ¿quién?

—Yova Elhoim! ¡Jehová! ¡El señor Dios! ¡El Dios de nuestros mayores!...

#### IV

El autor de esta farsa necesita, al llegar a este punto de su narración, interrumpirla, aunque lo sienta y mortifique a esas pléyades de jóvenes naturalistas *en román paladino*, que no pueden ver sin disgusto que aparezca en la novela o cuento, o lo que sea, la personalidad del escritor. Yo de buena gana continuaría siendo tan *objetivo* como hasta aquí; pero no tengo más remedio que sacar a plaza mi humilde personalidad, aunque sea pecando contra todos los cánones y *Falsas Decretales* del naturalismo traducido al *vulga-puck* (lengua universal del vulgo).

Esas pléyades de naturalistas imberbes (y no digo pléyade en singular, porque pléyades no tiene ni puede tener singular, aunque lo olviden la mayor parte de nuestros periodistas) me dispensarán; pero al presentar en escena nada menos que al *Deus ex machina* de la Biblia, necesito hacer algunas manifestaciones.

Pintar a Jehová (así lo llama el vulgo) tal como es, sin *idealizarlo* ni nada de eso, es empresa superior a mis fuerzas, porque yo nunca le he visto.

Discuten los sabios si el mismo Moisés llegó a verlo cara a cara; algunos afirman que sólo una vez gozó de su presencia; pero yo, sin ser sabio, me inclino al parecer de los que piensan que ni Moisés ni nadie puso en él los ojos en la vida. Otra cosa es aquello de sentir el Espíritu del Señor que pasa, el soplo divino que hiere el rostro, etc., etc. Eso es posible.

Más fácil me sería, una vez presentado en escena Jehová, hacer que su carácter *fuera sostenido* desde el principio hasta el fin, como piden los preceptistas que de camino son gacetilleros a los autores de dramas y novelas. Para sostener el carácter de Jehová me basta con los documentos bíblicos, pues se ve en ellos que su energía no decae ni un momento y que en él no hay contradicciones; porque el haber hecho el mundo y arrepentirse después no es una contradicción, toda vez que, si a eso fuéramos, ahí está Cánovas, que primero fué revolucionario y después se arrepintió, y la energía de Cánovas, sin embargo, está fuera de toda discusión. Y me alegro de haber citado a este personaje, porque si ustedes quieren buscarle a Jehová, según le presenta la Biblia, un parecido, el mayor que encontrarán en la historia, para tener idea del *Zeus* bíblico, será ese, Cánovas, el Feus malagueño.

Y ahora tengo que entendérmelas con los timoratos y escrupulosos en materia religiosa, que acaso quieran ver ribetes de impiedad en mi cuento. No hay tal impiedad: primero y principal-

mente, porque sólo se trata de una broma, y yo aquí no quiero probar nada, ni acabar con la Iglesia de Pedro, ni siquiera con los abusos del clero madrileño. Ni yo soy clérigo de *El resumen*, ni siquiera redactor de *Las Dominicales*, ni ese es el camino. Por no ser, ni soy, como el autor de *Namouna*, adorador de Cristo y además de Ahura-Mazda y de Brahma y de Apis y de Vichnú, etcétera, etc. Estos eclecticismos religiosos no se han hecho para mí. Lo que puedo jurar es que respeto a Jehová, escribese como se escriba, tanto como el que más, y que en este cuento no pretendo reemplazar la religión de nuestros mayores por otra de mi invención. Para significar ese respeto, precisamente prescindo de los procedimientos naturalistas, y en vez de presentar al nuevo personaje obrando y hablando, como quiere la buena retórica, pasaré como sobre ascuas sobre todo lo que se refiere a sus relaciones con Adambis, mi héroe, valiéndome de una narración indirecta y no de una descripción directa y plástica.

Apresúrome a decir que la bata que Evelina creyó haber visto pendiente de los hombros del que se paseaba por aquel prado del Paraíso no debía de ser tal bata, ni las barbas, barbas; pero ya saben ustedes que las mujeres todo lo materializan.

Ello es que aquél era Jehová efectivamente y que se estaba paseando por aquel prado del Paraíso, como solía todas las tardes que hacía bueno; costumbre que le había quedado desde los tiempos de Adán.

Adambis, aturdido con la presencia del Señor, de que no dudaba, pues si hubiese sido un hombre como los demás hubiera muerto a las doce de la mañana, Adambis, lleno de terror y de vergüenza, perdió los estribos... del globo, como si dijéramos; es decir, trocó los frenos, o, de otro modo, dejó que la máquina de dirigir el aerostático se descompusiese, y el globo comenzó a bajar rápidamente y se enredó en las ramas de un árbol.

Evelina gritaba, espantando las aves del Paraíso, que volaban en grandes círculos alrededor de los inesperados viajeros.

Levantó el Señor la cabeza al oír tanto ruido, y viendo el trance, acudió a salvar a los naufragos del aire.

A presencia de Jehová, el doctor Judas permanecía silencioso y avergonzado. Evelina miraba al Señor con curiosidad, pero sin asombro. Encontrarse con un Dios personal de manos a boca le parecía tan natural como le hubiera parecido la demostración matemática de que Dios no existe. Lo que ella quería era tomar algo.

Con arreglo a lo dicho, se renuncia a copiar aquí el diálogo que medió entre Jehová y el sabio de Mozambique. Pero se dirá la sustancia.

El Señor no abusó, como hubiera hecho Júpiter o *El Siglo Futuro*, de su situación, que le daba una superioridad incontestable. Nada de pullas, ni de sarcasmos mucho menos. Demasiado sabía él que Adambis, desde que había estudiado Anatomía comparada, se había pasado la vida negando la posibilidad de un Dios personal. Los dos sabían esto. ¿Para qué hablar de ello?

Judas se creyó en el deber de humillarse y de confesar su error. Pero Jehová, con una delicadeza que nunca tuvieron los Nocedales en sus palizas a *La Unión*, hizo que la conversación cambiase de rumbo.

Lo pasado, pasado. Ahora se trataba de reformar la Humanidad por segunda vez. Lo de Adán había salido mal; el remedio del diluvio tampoco había probado; tal vez el mal habría estado en dejar vivos a tantos parientes; un mundo que comienza entre suegros y cuñadas no puede ir bien. Además, lo primero que había hecho Noé, pasada la borrasca, había sido emborracharse... Jehová esperaba más formalidad por parte de Judas Adambis. Judas había acabado con la Humanidad... Corriente. Poco se había perdido.

El pesimismo era la tontería que menos podía tolerar Elhoim; la Humanidad se había hecho pesimista...: bien muerta estaba. Ahora se trataba de otro ensayo: Adambis iba a repoblar el mundo, y si esta nueva cría salía mal también, bastaba de ensayos: la Tierra se quedaría en barbecho por ahora.

El matrimonio de Adambis y Evelina había sido hasta entonces infecundo; pero con las aguas del Paraíso, Jehová prometía que la fecundidad visitaría el seno de aquella señora.

—No serán ustedes inocentes—vino a decir Jehová—, porque eso ya no puede ser. Por eso mismo me conviene. Inocente y todo, Adán hizo lo que hizo. Usted, señor Adambis, es un sabio verdadero, a pesar de sus errores teológicos, y quiero ver si me conviene más la suprema malicia que la suprema inocencia. Desde hoy llevan ustedes en arrendamiento todo este jardín amenísimo. La renta que me han de pagar serán sus buenas obras. Todo lo que ustedes ven es de ustedes.

—¿Absolutamente todo?—exclamó Evelina.

—Y Jehová, aunque con otras palabras, vino a decir:

—Sí, señora..., sin más excepción que una... insignificante. Pongo por condición... la misma que puse al otro. No se ha de tocar a este manzano, que en un tiempo fué el árbol de la ciencia del bien y del mal, y que ahora no es mas que un manzano de la acreditada clase de los que producen las ricas manzanas de Balsaín. Por comer de esos manzanos no sabrán ustedes ni más ni menos de lo que saben, ni serán como dioses, ni nada de eso. Si Satanás se presenta otra vez y quiere tentar a esta señora, no le haga caso ninguno. Como este manzano los hay a porrillo en todo el paraíso. Pero yo me entiendo, y no quiero que se toque en ese árbol. Si coméis de esas manzanas..., vuelta a empezar: os echo de aquí, tendréis que trabajar, parirá esta señora con dolor, etc., etc. En fin, ya saben ustedes el programa. Y no digo más.

Y desapareció Jehová Elhoim.

Y casi me alegro, porque ahora ya puedo copiar el diálogo textualmente.

Evelina encogió los hombros y dijo:

—Tú, Judas, ¿qué opinas de todo esto?

—¡Figúrate!

—Valiente sabio estás tú. Mira qué bien hacía yo en ir a misa, por un si acaso. Tú eres un tonto, que por poco nos haces condenarnos a los dos. Afortunadamente, el Señor parece un señor muy amable.

—¡Oh! La Bondad infinita...

—Sí, pero...

—El Sumo Bien...

—Sí, pero...

—La Sabiduría infinita...

—Sí, pero...

—¿Pero qué, hija?

—Pero algo raro.

—Y tan raro, como que es el único.

—No, no quiero decir raro en ese sentido, sino en el de... ¡Mira tú que prohibirnos comer de esas manzanas como si fuéramos unos chiquillos!...

—Y no comeremos.

—Claro que no, hombre. No te pongas tan fiero. Pues por eso digo que es raro. ¿Qué trabajo nos cuesta a nosotros ponernos formales y, escarmentados, prescindir de unas pocas manzanas que son como las demás?

—Mira, en eso no nos metamos. Dios es Dios, ¿estás?, y lo que El hace, bien hecho está.

—Pero confiesa que eso es un capricho.

—No confieso tal, ni tú tampoco; y te prohibo blasfemar en adelante. Por lo pronto, no pienses más en tales manzanas..., que el diablo las carga.

—¡Qué ha de cargar, infeliz! Buena soy yo. A propósito: tengo sed..., deseo de eso, de eso..., de fruta..., de manzanas precisamente, y de Balsaín.

—¡Mujer!

—¡Bobalicón! ¿No ha dicho que de esa clase hay aquí a porrillo? Pues vamos a buscar otro árbol igual, y me das un hartazgo. ¿Conoces tú el Balsaín?

—Sí, Evelina. (Busca.) Aquí tienes otro árbol igual que ese prohibido. Toma. ¿Ves qué hermosa manzana? Balsaín legítimo.

Evelina clavó los blancos y apretados dientes en la manzana que le ofrecía su esposo.

Mientras Judas volvía la espalda y buscaba otro ejemplar de la hermosa fruta, una voz, como un silbido, gritó al oído de Evelina:

—¡Eso no es Balsaín!

Tomó ella el aviso por voz interior, por revelación del paladar, y gritó irritada:

—Mira, Judas, a mí no me la das tú. ¡Esto no es Balsaín!

Un sudor frío, como el de las novelas, inundó el cuerpo de Adambis.

—Buenos estamos—pensó—. ¡Si Evelina empieza a desconfiar... no va a haber Balsaín en todo el Paraíso!

Así fué... A cien árboles se arrancó fruta, y la voz siempre gritaba al oído de la esposa:

—¡Eso no es Balsaín!

—No te canses, Judas—dijo ella ya fatigada—. No hay más manzanas de Balsaín en todo el Paraíso que las del árbol prohibido.

Hubo una pausa.

—Pues hija...—se atrevió a decir Adambis—, ya ves..., no hay más remedio... Si te empeñas en que no hay más que esas... te quedarás sin ellas.

—¡Bien hombre, bien; me quedaré! Pero no es ésa manera de decírselo a una.

La voz de antes gritó al oído de Evelina:

—¡No te quedarás!

—Otro sería más... enamorado que tú. Claro, un sabio no sabe lo que es pasión...

—¿Qué quieres decir, Evelina?...

—Que Adán, con ser Adán, era más cumplido amador que tú.

—Tengamos la fiesta en paz y renuncia al Balsaín.

—¡Bueno! Pues tú..., ya qué prefieres cumplir un capricho de quien hace una hora negabas que existiese, a satisfacer un deseo de tu mujer..., tú, mameluco, renuncia a lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—¿No se nos ha dicho que seré fecunda en adelante?

—Sí, hija mía; de eso iba a hablarte...

—Pues no hay de qué. Nada de fecundidad.

—Pero, hija...

—Nada, que no quiero.

—¡Así, perfectamente!—dijo la voz que le hablaba al oído a Evelina.

Volvióse ella y vió al diablo en figura de serpiente, enroscado en el tronco del árbol prohibido.

Evelina contuvo una exclamación, a una señal del diablo, que comprendió perfectamente; se dirigió a su marido y le dijo sonriente:

—Pues mira, pichón; si quieres que seamos amigos, corre a pescarme truchas de aquel río que serpentea allá abajo...

—Con mil amores...

Y desapareció el sabio a todo escape.

Evelina y la serpiente quedaron solos.

—Supongo que usted será el demonio..., como la otra vez.

—Sí, señora; pero créame usted a mí: debe usted comer de estas manzanas y hacer que coma su marido. No digo que después serán ustedes iguales que dioses; nada de eso. Pero la mujer que no sabe imponer su voluntad en el matrimonio está perdida. Si ustedes comen, perderán ustedes el Paraíso. ¿Y qué? Fuera están las riquezas de todo el mundo civilizado a su disposición... Aquí no haría usted más que aburrirse y parir...

—¡Qué horror!

—Y eso por una eternidad...

—¡Jesús! No lo quiera Dios. Venga, venga.

Y Evelina se acercó al árbol, arrancó una, dos, tres manzanas, y les fué hincando el diente con apetito de fiera hambrienta.

Desapareció la serpiente, y a poco volvió Adambis... sin truchas.

—Perdóname, mona mía, pero en ese río... no hay truchas...

Evelina echó los brazos al cuello de su esposo.

El se dejó querer.

Una nube de voluptuosidad los envolvió luego. Cuando el doctor se atrevió a solicitar las más íntimas caricias, Evelina le puso delante de la boca media manzana ya mordida por ella, y con sonrisa capaz de seducir a Saia Muní, dijo:

—Pues come.

—*Vade retro!*—gritó Judas poniéndose en salvo de un brinco—. ¿Qué has hecho, desdichada?

—Comer, perderme... Pues ahora píerdete conmigo: come..., y yo te haré feliz..., mi adorado Judas...

—Primero me ahorcan. No, señora, no como. Yo no me pierdo. Tú no sabes cómo las gasta Jehová. No como.

Irritóse Evelina y fué en vano. No sirvieron ruegos, ni amenazas, ni tentaciones: Judas no comió.

Así pasaron aquel día y la noche, riñendo como energúmenos. Pero Judas no comió la fruta del árbol prohibido.

Al día siguiente, muy de madrugada, se presentó Jehová en el huerto.

—¿Qué tal, habéis comido bien?—vino a preguntar.

En fin, hubo explicaciones. Jehová lo supo todo.

—Pues ya sabéis la pena cuál es—vino a decir, pero sin incomodarse—. Fuera de aquí, y a ganarse la vida...

—Señor—observó Adambis—, debo advertir a vuestra Divina Majestad que yo no he comido del fruto prohibido... Por consiguiente, el destierro no debe ir conmigo.

—¿Cómo? ¿Y me dejarás marchar sola?—gritó ella furiosa.

—Ya lo creo. Hasta aquí hemos llegado. A perro viejo no hay tus tus.

—De modo—vino a decir el Señor—que lo que tú quieres es el divorcio... *quo ad thorum et habitationem*.

—Justo, eso; la *separación de cuerpos*, que decimos los clásicos.

—Pero entonces se va a acabar la Humanidad en muriendo tu esposa...: es decir, no quedará más hombre que tú..., que por ti solo no puedes procrear—vino a decir Jehová.

—Pues que se acabe. Yo quiero quedarme aquí.

Y, en efecto, se quedó Adambis en el Paraíso.

Y salió Evelina, arrastrada por dos ángeles de guardia.

Renuncio a describir el furor de la desdeñada esposa al verse sola fuera del Paraíso. La Historia no dice de ella sino que vivió sola algún tiempo como pudo. Una leyenda la supone entregada al feo vicio de Pasífae, y otra más verosímil, cuenta que acabó por entregar sus encantos al demonio.

En cuanto al prudente Adambis, se quedó, por lo pronto, como en la gloria, en el Paraíso.

—¡Ahora sí que es esto Paraíso! ¡Dos veces Paraíso! ¡Todo es mío, todo..., menos mi mujer!... ¡Qué mayor felicidad!..

Pasaron siglos y siglos, y Adambis llegó a cansarse del jardín amenísimo. Intentó varias veces el suicidio, pero fué inútil. Era inmortal. Pidió a Dios la traslación, y Judas fué transportado de la Tierra, según ya lo habían sido Enoch y algún otro.

Así fué como, *al fin*, se acabó el mundo, por lo que toca a los hombres.

FIN



**La que supo vivir su amor**, por Higinio Noja Ruiz. — Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción, la cual viene obteniendo un éxito franco y merecido.—Precio, 4 pesetas.

**Camino de perfección**, por Carlos Brandt. — Valioso libro, el último escrito por este prestigioso autor, a quien tantas y tan bellas páginas debe el Naturismo, de gran alcance ideológico y de honda penetración filosófica. Un libro que apreciarán en mucho todos los amantes del estudio y del naturismo integral. La parte moral del ideal naturista, la ética individual del hombre, libre de prejuicios sectarios, se estudia y se expone con la fina y singular percepción que caracteriza el estilo de este autor. —Precio, 2 pesetas.



**Maternología y Puericultura**, por Margarita Nelken. — De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre .....

**¿Maravilloso el instinto de los insectos?** — Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Lorulot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.....

**La Filosofía de Ibsen**, por Han Ryner. — Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la trascendencia filosófica y social del mismo.....

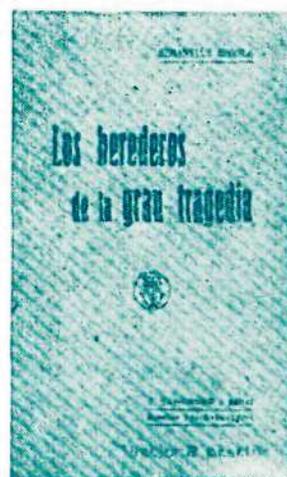
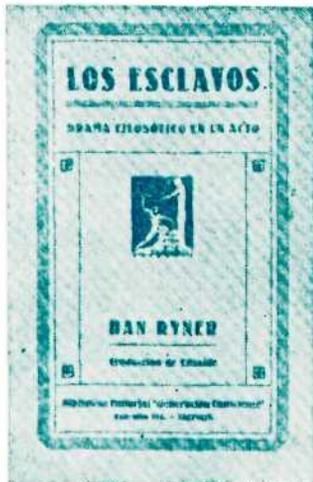
0'25  
0'30  
0'25

**Almanaque de "Generación Consciente" para 1927** ..... 1

COLECCION «LA NOVELA MENSUAL DE GENERACIÓN CONSCIENTE»

- Crainquebille**, por Anatole France ..... 0'50
- La muerte de Oliverio Bécaille**, por Emilio Zola ..... 0'50
- El Mareo**, por Alejandro Kuprin ..... 0'50
- Luz de Domingo**, por Ramón Pérez de Ayala .. 0'50
- Infanticida**, por Joaquín Dicenta..... 0'50
- Urania**, por Camilo Flammarion..... 0'50

A toda nota de pedido debe acompañarse su importe, por giro postal. Los envíos se hacen certificados, libres de gastos, inmediatamente de recibido el dinero.



**Almanaque de "Generación Consciente" para 1928**. — Son estos almanaques hermosos volúmenes de gran valor cultural y científico. Indispensables en la biblioteca de todo hombre estudioso.—Precio, 1 pta.

**Los esclavos**, por Han Ryner. — Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

**Los herederos de la gran tragedia**, por Sebastián Gomila. — Acertadísima, profética visión de la post-guerra. Obra unánimemente elogiada por la crítica.—Precio, 2 ptas.



**Estudios sobre el amor**, por José Ingenieros. — *Cómo nace el amor. — El delito de Besar. — La reconquista del derecho de amar.* — Es este un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

**El Alcohol y el Tabaco**, por León Tolstoi. — Las horribles y funestas consecuencias de estos dos nefastos y absurdos vicios. Este libro debieran leerlo y recomendarlo todos; es tanto como cooperar a disipar las tinieblas que oscurecen la conciencia del mundo. —Precio, 1 pta.





Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta. — Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158. — Valencia.

ESTUDIOS



Consultorio Médico de **ESTUDIOS**

**DR. ISAAC PUENTE**

MÉDICO

MAESTU (Álava)

**Precios de consulta**

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

**Dr. Roberto Remartínez**

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia. Cromoterapia. Fototerapia. Electricidad. Sol artificial. Rayos X. Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

**DR. L. ALVAREZ**

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

**Precios de consulta:** Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

**Dr. M. Aguado Escribano**

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 %, en las sucesivas.

**J. PEDRERO VALLES**

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídanse "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

**ESTUDIOS**

CUPÓN CONSULTA

Núm. 71. — Julio 1929

*Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.*